

vuelvas a hablarme así; si lo supiera mi padre... aunque seas pagano, debes saber respetarme.

—¿No dices que para los cristianos todos los hombres son iguales, y que no hay ricos ni pobres?

—Sí, y es cierto.

—Pues entonces, ¿por qué no me quieres como se aman los esposos?

Al oír estas audaces palabras retrocedió la joven comprendiendo hasta entonces la insólita pretensión del griego. Y por primera vez sintió repulsión ante la fealdad de Eutiques. Procurando dominarse, le dijo:

—Ahora te comprendo; me has hecho mucho daño con esas palabras; no te desprecio pero en adelante no podré tratarte con la misma familiaridad.

—¿He cometido un crimen aspirando a lo que todos aspiran? — preguntó el griego. — ¿Es un delito el amor, entre los cristianos?

—No, Eutiques; pero yo te amaba fraternalmente; no puedo ser tu esposa, aunque te hicieras cristiano, porque quiero consagrarme sólo a Jesús. Y puesto que tienes esas ideas, vete de esta casa. Tú has dicho que Hioroteo quiere llevarte.

—Sí; me iré con él; hoy mismo me voy. — Que Dios te acompañe — dijo Aídee y salió de la estancia.

Los indignados reproches de la doncella se hundieron en el alma de Eutiques como la hoja de un puñal en plena carne. La miró alejarse con una mirada oscura y turbia, llena de orgullo herido, de amenaza y de sufrimiento.

—Yo me vengaré — se dijo con voz sorda, y sintió un deseo mórbido de pegarle; pero inmediatamente se arrepintió de ese sentimiento y se sentó exhalando silenciosos quejidos. Y ahora que la consideraba perdida, ella se aparecía en su imaginación más dulce, más bella que nunca. Y sentía sed de sus labios, y súbitas cóleras, contra aquel Jesús misterioso a quien ella amaba. Esa misma noche volvió Eutiques al servicio de Hioroteo.

## CAPITULO XXV

Llegó el día señalado para realizar en Jerusalem la protesta popular contra el gobernador Poncio Pilatos. En ella colaboraban secretamente Caifás con los principes hebreos y con los bandidos de Ben-Gioras. Esta extraña alianza entre los sacerdotes— que eran los jueces civiles,—y los bandoleros, era posible en la Palestina, porque el saqueo en daño de los extranjeros lo aplaudía la población como una venganza contra la dominación romana. La iniciativa del

movimiento contra Pilatos era de los comerciantes; pero no tenía carácter belicoso por el momento. A pesar de eso la ciudad sagrada tenía ese día el aspecto siniestro y extraño que dan a las poblaciones las zozobras colectivas. Las damas, cubierta la cabeza con un velo, miraban con silenciosa curiosidad y recelo desde las fortificaciones y las terrazas. Si los atrios del templo estaban extrañamente desiertos, en cambio en los alrededores del palacio de Pilatos se notaba una insólita concurrencia. A veces aparecía la túnica color violeta de los levitas músicos, como una mancha de sangre entre las ropas pardas y azules del pueblo. Gentes extrañas se apiñaban en diversos grupos por las callejuelas, conversando con animación misteriosa y gesto amenazador.

—¡Mirad qué gentío! — exclamó una mujer dirigiéndose a su vecina. — ¿Hay alguna fiesta en el templo?

—Nada de eso. ¿Acaso no sabes lo que hay?

—No

—Tonta; parece que vivieras en la luna; sabe que hay una rebelión del pueblo contra Pilatos.

—¿Otra vez? ¿Cuándo se estarán quietos? ¿Qué ganamos con tantas agitaciones?

—Ellas son necesarias; hay que protestar contra los sacrilegios del gobernador.

—¿Y qué es lo que ha hecho?

—Ha profanado el dinero sagrado dedicándolo a construir esas cisternas en que se baña.

Durante este diálogo seguían desfilando en desordenados grupos hombres robustos, vestidos con el pobre manto de pescadores, pero que tenían el airoso y sólido andar de los militares. A veces gesticulaban crispando los puños. Los niños contemplaban radiantes de gozo desde las ramas de los sicomoros, y las doncellas miraban temblorosas de miedo por las rendijas de las puertas.

—Yo no veo la razón de este movimiento — decía un viejo mercader a su compañero; — al fin lo que intenta hacer Pilatos es para servicio del pueblo.

—El fin podrá ser bueno, pero los medios son malos, — contestó su interlocutor, — ya es ésta la segunda vez que ese extranjero dispone a su capricho del dinero sagrado. Una vez construyó una cisterna; ahora intenta hacerse un acueducto con el oro del templo; mañana intentará otra cosa, de modo que no dejará un óbolo para rendirle culto a Jehová.

—¡Bah! Son exageraciones. No es tan malo Pilatos, como lo suponéis.

—El miedo te hace hablar así; vete a tu casa si te asusta la sangre y déjanos a nosotros defender los derechos de Israel.

—Allí viene un sanedrita — gritaron otros curiosos — señalando a Caifás que se aproximaba en su litera.

Cuando estuvo cerca del grupo todos corrieron a su encuentro interrogándole con ansiedad.

—¿Qué hay? ¿Ha hablado Pilatos? ¿Habrá pelea? — preguntó un sanedrita.

—Déjenme pasar — exclamó el sumo sacerdote, — no hay novedades; el gobernador no aparece en el tribunal; debe tener miedo porque su palacio está rodeado del pueblo. Estad tranquilos; el triunfo es seguro.

—Aprovechemos la ocasión de salvar el tesoro — se dijo Caifás a sí mismo, mientras se despedía de su colega. Corrió a su palacio, y salió acompañado de cuatro criados que lo condujeron en litera. Viendo que el pueblo lo miraba con desconfianza, se quitó la capa que lo embozaba a fin de que no lo atacaran tomándolo por un satélite de Pilatos. Entonces, al verlo las mujeres y ancianos se replegaron a su paso, inclinándose profundamente. Aunque el Pontífice era odiado por el pueblo, esa vez lo consideraba aliado y de ahí que le diera muestras de estimación. Su inquietud desapareció al acercarse al templo, que, como lo esperaba, estaba absolutamente desierto. Era este santuario, no solamente el altar santo de los santos, destinado a la oración y a la plegaria, sino que era también la Bolsa, el Foro, el Bazar de las transacciones, el Club de los doctores y legistas y el Mercado de las bestias destinadas al sacrificio. Por eso tenía el aspecto de una ciudadela de piedra y de mármol, rodeada de murallas, coronada de torres, llena de cúpulas y soberbios recintos, en que de ordinario zumbaba el vocerío de las gentes; pero esa vez reinaba un extraño silencio. Unos pocos soldados de guardia, que servían de policía, saludaron al Pontífice al entrar al templo, en cuyas vastas galerías sólo encontró algunos barrenderos que parecían hormigas en el inmenso recinto. El Pontífice, seguido de sus dos criados, atravesó las solitarias galerías de aquel soberbio laberinto, pálidamente iluminadas a la tenue luz de las lámparas. Los dos esclavos que lo acompañaban se sintieron invadidos de terror sagrado al mirar el oro de los frisos brillando en el fondo de las tinieblas; pero el Pontífice llegó sin temor hasta la sala de los ornamentos. Al abrir los macizos y fragantes armarios de cedro, sus dedos temblaban. Ese temor aumentó cuando de las mitras, túnicas y capas pluviales desgranó

los racimos de perlas, que sólo se usaban en las grandes festividades, las amatistas violetas, obsequiadas a Salomón por la reina de Saba; las esmeraldas de tres tonos distintos y los zafiros azules que adornaban la tiara. Los criados le ayudaron a sacar el cofre envuelto en paños de lana. Aunque había elegido, para sustraerlo, un momento en que el templo debía estar desierto, porque los sacerdotes y levitas debían comparecer en ese momento en corporación ante el palacio de Pilatos, sin embargo, con gran desagrado advirtió la presencia de algunos de ellos cuando llegó con su caja al atrio del templo. Se sorprendieron al verlo y lo interrogaron con la mirada.

—Son aromas muy inflamables — dijo Caifás, — que he venido a sacar por temor a un incendio. Pero vosotros, ¿qué hacéis aquí? ¿Cómo es que no estáis en la manifestación?

—Estábamos allá — contestó uno, — cuando se nos acercó un hombre del pueblo diciéndonos que tuviéramos cuidado con el templo, porque había oído decir que varios bandidos intentaban robar.

—¡Bah! — dijo Caifás simulando indiferencia, — ningún bandido hebreo se atrevería a robar el templo.

Y se fué satisfecho de su habilidad, pero los sacerdotes se quedaron guiñando los ojos y haciendo comentarios en voz baja. Para evitar llamar la atención, Caifás dió un rodeo con el tesoro en su litera pasando por entre grupos de soldados. Por fin llegó a su palacio sin ningún inconveniente.

—El secuestro me ha salido bien — exclamó frotándose las manos al entrar a su casa. — Ahora podré servir a Agripa y asegurar mi pontificado.

Recibiólo el negro Quema, que hacía pocos días se había hecho cargo de la limpieza de las habitaciones interiores. Así fué que este cómplice de Ben-Gioras pudo observar el armario donde Caifás depositó el cofre, cuyo contenido conocía él sin haberlo visto. Apenas fué guardado el tesoro, cuando Efraim, sudoroso y jadeante, se presentó ante el Pontífice, disfrazado de levita y le dijo:

—Señor; soy un enviado de los sacerdotes; ellos os esperan frente al Pretorio.

—¿Para qué? — preguntó Caifás con voz desabrida y gesto contrariado.

—Para que presidáis la manifestación. Vuestra ausencia se nota y se comienza a hacer comentarios.

—Vamos, pues, — dijo el Pontífice.

Y se hizo conducir rápidamente en su litera. Efraim se quedó detrás de él y cuando se vió solo dió tres silbidos que hi-

deron salir al negro al pórtico del palacio pontificio.

—¿Ya está lejos Caifás?—preguntó Quema.

—Ya no se le ve — contestó Efraim, fro-tándose las manos con nerviosidad.

—¿Qué susto he llevado! — declaró Quema enjugándose su piel tostada, — temí que no se quisiera ir y nos echara a perder el plan.

—¿Y ahora qué debo hacer? — preguntó Efraim.

—Allí viene quien nos lo va a decir — dijo el negro.

En ese momento se acercó un robusto joven, vestido de mozo de cordel a la antigua usanza y con gran melena de beduino. Era Ben-Gioras, que al llegar preguntó a sus cómplices:

—¿Ya trajeron el cofre?

—Ya está guardado — contestó Quema.

—¿Y el Pontífice?

—Acaba de irse a la manifestación.

—¿Dónde están tus compañeros?

—Unos en el pretorio, otros hacen pequeños saqueos, como tú ordenaste, — contestó Efraim.

—Viste a Caifás sacar el tesoro?

—Con mis propios ojos lo vi.

—¿Y otros también lo vieron?

—Todos aquellos a quienes advertimos que se intentaba saquear el templo; entre ellos dos sacerdotes y dos levitas.

—¡Perfectamente! Corred, ahora, adonde sea vuestros compañeros, que están en el pretorio, y decidles que se dirijan cuatro de ellos al pie de las murallas llevando el borrico que encargué.

—¿Todos juntos?

—No seas bestia: disimuladamente y discretos.

—¿Y los otros?

—Que vayan a saquear; pero sin exponerse; es sólo un simulacro de saqueo, a fin de que cuando se note la desaparición de las joyas, se atribuya a un golpe de bandidos. Así despistaremos a Caifás para que no sospeche de Agripa.

—Comprendo — dijo Efraim, y se levantó para partir.

—Escucha — ordenó el jefe de los bandidos, — otros deben estar siempre cerca del Pontífice procurando demorar su vuelta.

—¿Y el tesoro, quién lo lleva de aquí?

—Lo llevaré yo hasta las murallas, cuando Quema lo haya sacado del palacio; pero es necesario no llamar la atención. Vamos, no olvidéis que nos jugamos la vida.

Alejóse rápidamente Efraim.

—¿Puedes traer tú solo el cofre afuera? — preguntó Ben-Gioras al negro.

—Creo que no; ni siquiera lo he sacado del armario.

—¿Es difícil abrir ese armario?

—Sí. Es fuerte como un escudo.

—¡Maldición! eso nos quitará tiempo.

—Ya yo tengo las herramientas.

—¿Puedo yo entrar contigo para ayudarte? ¿Estás solo?

—Quedan unos pocos hombres de la servidumbre y afuera está la guardia. Y como la etiqueta prohíbe que entren los labriegos a casa del Pontífice, a ti no te dejarán entrar al verte con esos harapos.

—¿Rayos de Júpiter! — gritó Ben-Gioras mordiéndose los labios. — ¡Qué contratiempo! Entonces si no puedes abrir tú sólo el armario, dirás a la servidumbre que salga a socorrer al Pontífice que está herido; me das dos silbidos y yo entraré de cualquier modo para ayudarte, aunque sea matando gente. Si logras abrirlo solo silbame también. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—Anda; apresúrate.

Internóse el negro en el palacio y se puso febrilmente a abrir el armario donde estaba el cofre. Entre tanto Caifás llegaba a la manifestación, enjugándose la frente y sudando como un pato a causa del calor y de sus inquietudes. Dió como excusa de su retraso una ligera indisposición en el camino y presidió al Sanedrín que ya estaba de pie frente al palacio de Pilatos. Nadie sospechó entonces que su demora tenía por causa el tiempo invertido en sacar las joyas del templo y trasladarlas a su palacio. Disponíase el Pontífice a leer allí el manifiesto en que protestaba respetuosamente contra Pilatos, cuando estalló por todas partes una atronadora vibración de clarines. Al mismo tiempo aparecieron por doquiera jinetes armados, mientras que otros que parecían palanos enrollaban la capa mostrando sus corazas de soldados. Estos militares se lanzaron sobre el pueblo sorprendido, atacándolo sin consideración. La multitud estalló en alaridos y se dió a la fuga desembocando como un torrente en las callejuelas vecinas. Al intentar correr, los sanedritas se enredaban en sus flotantes vestiduras y caían al suelo. Las mujeres, azoradas, huían llenas de pánico. Los soldados, excitados ante las primeras salpicaduras de sangre, comenzaron a repartir cintarazos y hasta estocadas, olvidando la orden que habían recibido de limitarse a dar palos. Repuestos de la sorpresa algunos judíos, desde las azoteas, comenzaban a arrojar piedras sobre los soldados. Pero la mayoría de los manifestantes fueron empujados como fieras y acorralados en los pórticos. Los sacerdotes, indignados por aquella afrenta, lanzaban

maldeciones, cerraban los puños, y se dirigían al templo con sus túnicas rasgadas. Viendo Pilatos que el vértigo de la matanza se apoderaba de los soldados, dió orden de que cesara el atropello, y como eso no bastara salió al balcón, donde años antes había sido expuesto Jesús de Nazaret ante el populacho. Como Pilatos estaba rasurado y tenía recordado la cabellera a la usanza romana, parecía desde lejos un joven ante aquel pueblo apaleado, cuyas facciones desaparecían bajo sus lenguas barbas y copiosas melenas. El gobernador hizo el gesto de suspender el ataque levantando las manos abiertas y haciendo flamear un estandarte blanco. Entonces, paulatinamente, se fueron apagando los murmullos, cesaron las carreras de la persecución y de la fuga y fueron violentamente separadas por los centuriones algunas parejas entrelazadas de combatientes que aún estaban empeñadas en extrangularse recíprocamente. Aunque los soldados no habían tenido la intención de verter sangre yacían en la calle varios muertos que con sus placas de espuma en la boca demostraban su rabia. El suelo quedó cubierto de túnicas rasgadas, de turbantes y de huellas de sangre. Cuando, desfallecidos y sangrientos, llegaron los judíos a sus casas, las encontraron vaequadas.

—¡Ah, el infame Pilatos! — exclamaron, — nos ha sorprendido para robarnos, lo mismo que un saltador.

—Y al maldecirle se exasperaban los unos a los otros con su propia cólera.

Entretanto Quema y Ben-Gioras realizaban con toda seguridad su plan. Efraim llegó corriendo al palacio de Caifás y gritó a la servidumbre:

—¡Corred todos, socorred al Pontífice que acaba de recibir una pedrada!

Los empleados y esclavos, al ver su cara descompuesta, salieron atropelladamente, dejándole casi solo en el palacio en compañía de algunos soldados que vigilaban el pórtico.

—Todo marcha según nuestros deseos — se dijo alegremente Quema, que ya entonces había comenzado a abrir el armario donde el Pontífice colocó el cofre de las pesadas joyas. — Ya están ahí — se dijo el negro suspendiendo su trabajo al oír el silbido con que Ben-Gioras le advertía su presencia.

Volvió luego a trabajar febrilmente forzando las cerraduras con sus herramientas especiales, y de súbito oyó el rumor de unos pasos que se acercaban. Como no podían ser los de Ben-Gioras, Quema se turbó profundamente. Si era el Pontífice que

regresaba y lo sorprendía en aquella faena, él estaba perdido; pero no; era un criado que había quedado rezagado en la cocina y que, al oír los golpes en la cámara, subió por curiosidad.

—¡Maldición! — exclamó el negro al verlo, — he aquí un testigo importante.

Luego alzando la voz le dijo serenamente:

—¿Oíste mi silbido?

—Sí; — contestó el criado — y también oí unos golpes; creí que me llamabas.

—Te llamaba para que me ayudes a sacar esta caja, que vendrán a llevar ahora por orden del Pontífice.

—¿Qué tendrá? ¡Qué pesada es!

—Creo que son perfumes.

—No puede ser; pesa demasiado.

—¿Qué sabes tú? El incienso pesa como el metal.

En ese momento el portero anunció que un hombre, enviado por Caifás, venía en busca de una caja. Quema y el criado le ayudaron a sacar del palacio el cofre con las pesadas joyas. Así fué como Ben-Gioras, que se decía enviado de Caifás, disfrazado de cargador, recibió sobre sus robustos hombros el pesado cofre.

Ben-Gioras se retiró con su valiosa carga en dirección a las murallas, donde había ordenado que le llevaran un borrico. Ya había caminado un largo trayecto llevando sobre sus hombros el cofre con las joyas sagradas. A pesar de sus fuerzas extraordinarias el joven aventurero se sentía desfallecer bajo aquel terrible peso. Por fin, llegó al lugar convenido, al pie de las murallas, donde, obedeciendo sus órdenes, debía estarlo esperando una borrica en la que sería conducido el cofre hasta su guarida, a las orillas del Jordán. Pero con gran enojo y sorpresa suya, aquel lugar estaba absolutamente solitario. Sudoroso y jadeante sentóse en el suelo, lanzando miradas recelosas por todas partes.

—¿Qué bestias son — exclamó, — ya debían estar aquí; y lo peor es que no tengo fuerzas para llevarlo yo solo por los barrancos. Y además, no conviene, pues inundaría sospechas. Ni puedo dejarlo solo mientras voy a la feria a alquilar un asno. ¡Qué contrariedad! ¿Qué habrá pasado? ¿Por qué tardan? ¿Imbéciles! Bien claro le dije que aquí debían esperarme”.

De pronto su bello semblante palideció intensamente; porque vio acercarse en dirección a él, una lítera. Entonces recordó con espanto que el Pontífice andaba ese día en tal vehículo. ¿Habría ya advertido la desaparición de las joyas? ¿Acaso había sido sorprendido el negro, o estaban ya capturados sus demás cómplices? A no ser

por eso, ya debían estar allí con el borriquito. ¡Estaba, pues, perdido! Convencido de su crítica situación, pero sin aturdirse, sin que se apresuraran los latidos de su valeroso corazón, sin que se descompusiera el equilibrio de su pensamiento, desnudó tranquilamente su daga de dos filos, y se dispuso a vender cara su vida apenas advirtiera el más ligero gesto de asalto. Transcurrieron así cinco terribles minutos, de esos en que parece detenerse el tiempo y en que se encanece el cabello. La litera pasó sin que nadie se preocupara de Ben-Gioras. Cuando el rumor de los pasos de los esclavos que llevaban ese vehículo se perdió a lo lejos, el joven se limpió el rostro bañado en sudor y respiró con violencia. "No debía ser el Pontífice" — pensó. Había pasado el peligro, pero era necesario salir de aquella crítica situación. Si una patrulla de soldados venía sola sin su centurión, lo atacarían para saquearlo. Era de temer que se estuviera asaltando las habitaciones, pues el mismo Ben-Gioras había ordenado a sus mercenarios que saquearan las casas a fin de que luego, cuando se notara la desaparición de las joyas, su secuestro fuera atribuido al saqueo. Hizo, pues, un esfuerzo y comenzó a caminar de nuevo, con su pesado cofre; pero al poco rato lo descargó porque se sentía vencido por la fatiga. Hacía doce horas que vivía en una atmósfera de trama y de violencia en aquel tumulto popular, mitad político y mitad asalto de ladrones. Tantos temores, tantos peligros, emociones y fatigas acabaron por producir fiebre en su poderoso organismo. Comenzó a sentir somnolencia y una necesidad infinita de reposo. Tenía la faz lívida, la frente sudorosa, las piernas flácidas, la garganta seca. Temeroso de ser descubierto, avanzaba tambaleándose fuera del camino real, por entre ásperos guijarros que le herían los pies. El tiempo corría; la sombra nocturna se venía encima y él no iba a poder llegar a su guarida, ni se atrevía a dejar su tesoro expuesto en aquel camino, frecuentemente transitado por pastores. A lo lejos, entre los cerros y los barrancos apenas se descubría el tortuoso camino por donde se iba a su gruta. Por eso se confesó, consternado, que no llegaría en toda la noche, porque las fuerzas le faltaban. Entonces, al lado suyo oyó el rumor de algunas patrullas de soldados que iban por el camino real. ¡Qué peligro si se le ocurría a alguno asomarse sobre las rocas que a él lo ocultaban! Pero era necesario quedarse allí. La sangre le afluía a la cabeza. El corazón le palpitaba con violencia. Hizo un esfuerzo para levantarse y no pudo. Era, pues, ne-

cesario dejarse arrebatar el tesoro por el primer transeunte que se fijara en él. Eso era la catástrofe cuando iba a llegar a la cumbre de su fortuna. ¡Oh, ironía del destino! Y aquel hombre, dotado de una animalidad poderosa, y de una voluntad de hierro, vencido por el cansancio físico y la angustia del alma, derramó una lágrima de rabia y desesperación. Luego le faltó el aire en los pulmones y cayó pesadamente al suelo.

El cofre, al desprenderse de sus manos le magulló el brazo.

— Todo está perdido — exclamó sin perder el conocimiento — no puedo defenderme, ni levantarme siquiera. Mi gente no me encontrará aquí. Este es el naufragio de mi vida. — Abatido por estos fúnebres pensamientos, el joven cerró los ojos mientras la noche, menos lúgubre que su alma, se condensaba lentamente sobre su cabeza. De pronto en aquel silencio Ben-Gioras oyó una voz dulcísima de mujer. Entrecabrió los párpados y vio acercarse a él dos hebreas montadas en borricos. La más joven, después de vacilar y de hablar en voz queda con su compañera, bajó de su cabalgadura y se acercó extremadamente tímida y preocupada hasta donde estaba el aventurero. Lanzó a su alrededor miradas medrosas como si temiera comprometerse, mas viendo que nadie la observaba se atrevió a preguntar:

— ¿Estás herido?

— No — contestó Ben-Gioras, — solamente he sufrido un mareo y me he magullado un brazo.

— ¡Ah! — exclamó la doncella, — casualmente traigo aquí vinagre aromático y vino.

Y al decir eso, le frotó suavemente el brazo lastimado.

En seguida le ofreció al joven un vaso de vino en la vasija que pendía de una cadenita atada a una ánfora de barro. Su compañera entretanto empapaba un lienzo en el aceite y le ataba el hombro lesionado. Al levantar Ben-Gioras la cabeza para tomar la pequeña ánfora de vino, clavó en el rostro de la joven sus hermosos ojos entornados y vio que sus azules pupilas se bañaban en claridades extrañas. Un sentimiento agitó el casto seno de la doncella y sus manos temblorosas se calentaron con las precipitadas pulsaciones de su sangre. Así se impresionaba porque había reconocido en aquel hombre desmayado y pobremente vestido, al gallardo militar que hacía dos meses viera entrar al palacio de su padre. Ella era, pues, Elisabeth, que casualmente había ido ese día a Jerusalem en

busca de remedios para su paralítico abuelo, el bosco, desabrido y egoísta Anás, ex-stumo sacerdote. Por eso, con voz tímida y turbada preguntó Elisabeth al aventurero:

—¿Quieres que vayamos a buscar alguna persona que te levante? Nosotras somos débiles y no podremos moverte.

—¡Oh! no es necesario — dijo él, notando la simpatía en el tono de la doncella.

—Pero no podemos dejarte así pasar aquí la noche — insistió Elisabeth.

—Con vuestro vino y sobre todo con vuestra presencia, me siento ya confortado; después de lo que habéis hecho, no creo que querráis delatarme; os diré, pues, que soy uno de los agitadores y temo caer en manos de los soldados.

—Nosotras nada sabemos — dijo la que parecía ser criada, — veníamos del campo hacia Jerusalem y al llegar al monte hemos sido advertidas por unos pastores de la agitación de la ciudad; viendo llegar heridos hemos tenido miedo y nos escondimos en estas rocas, esperando que pasara el peligro.

—Para vosotras el peligro ha pasado; pero no para mí, — dijo Ben-Gioras.

—¿Qué podemos hacer por ti? — preguntó Elisabeth.

—Me podéis prestar un servicio que estimaré más que la vida.

—Habla, que te serviremos si no es contra la ley de Moisés.

—Os suplico que me cedáis uno de vuestros borricos y me ayudéis a colocar en él este cofre. Está lleno de armas que el pueblo me ha confiado para combatir al gobernador romano.

La joven vaciló un momento; luego contestó:

—Con mucho gusto.

En efecto, las generosas mujeres prestaron al bandido no una sino las dos borricas y le ayudaron a colocar la caja, cubriéndola con ramas. Mientras ellas le servían, el joven sentía correr un fluido de ternura por todo su ser; porque vió con sorpresa reflejado en el semblante de la joven tan delicado interés y tan cariñosa solicitud, que su corazón endurecido se conmovió de gratitud.

—Gracias — le dijo, y se fijó entonces en los ojos azules de la doncella, en la franja rubia de sus pestañas, en la ondulación de sus dorados bucles y en la perfección de su rostro, lleno de sonrojo y con frescura de flor.

—¿Quién eres? — preguntó con ansioso interés.

—No puedo decirlo — contestó la joven.

—¿No? Bueno; respeto tu voluntad; pero sabe que cuando una mujer le da de

beber a esta hora a un soldado es que lo acepta por esposo.

Elisabeth se turbó sin contestar y sus mejillas se arrebolaron; porque al hablar así el bandolero, hermoso y fuerte hasta en su prostración, quemaba el alma de la doncella al clavar en sus ojos el relámpago de su hipnótica mirada.

—¡Ah! ¡Perdóname! — prosiguió Ben-Gioras, — te he faltado al respeto; solamente quería decir una broma.

—¿Nada más necesitas? — preguntó ella.

—Nada.

—Bueno, entonces te dejamos.

—Sea así, puesto que es necesario que nos separemos — dijo Ben-Gioras suspirando, — pero, adorable niña, ya que te debo la vida, dime tu nombre.

—No debo decirlo, adiós.

—¿Me permitirás que te vuelva a ver?

—Algún día, quizás — murmuró Elisabeth, alejándose con su criada.

—¡Maldito tesoro! — se quedó diciendo el bandido — por él no puedo seguirlos; pero algún día la encontraré.

—¡Qué lástima que mi abuelo no me deje amar! — se fué pensando la joven con un pesar inusitado. Y desde ese día cambió súbitamente su vida interior. Hasta entonces, a pesar del egoísmo de Anás, era feliz en la campiña, donde vivía montaraz y solitaria como una gacela. El recuerdo del bandido le impidió en adelante volver a recrearse con las flores y las palomas, y en su alma cándida ardió el incendio devastador de las más violenta de las pasiones.

#### CAPITULO XXVI

Ben Gioras, restaurado en sus fuerzas, se encaminó sigilosamente a su guarida montado en una de las borricas, mientras la otra llevaba el cofre.

—¡Ah! esa niña ha sido mi salvación, — iba diciendo. — ¡Y qué hermosa es! Yo le volveré a ver. ¿Ha sido impulsada sólo por su bondad o he producido yo alguna impresión en esa niña? Debo saberlo. Pero no, no quiero pensar en ella. El amor es una debilidad que me impediría ascender a las alturas que busco. Diciendo eso prosiguió su viaje con tan buena fortuna que dos horas después, introducía el cofre a su cueva en las orillas del Jordán. Cuando se encontró solo y seguro en su caverna con aquella caja tan audazmente conquistada, una agitación febril se apoderó de él.

—Al fin es mía — exclamó, abrazando el cofre y a pesar de los ardientes deseos que tenía de abrirlo, quiso esperar unos momentos, con esa voluptuosidad con que el gato demora el instante de devorar su presa. ¡Es tan dulce ver llegar el placer que se

está seguro de disfrutar! Su mano, que no tembló poco antes en el momento del pedregro, ahora apenas podía mantener inmóvil el hacha con que se disponía a quebrar a cincelada tapa del cofre. Por fin, se resolvió a descargar el golpe y entonces, del seno de la caja hendida, saltaron fulguraciones de pedrería, como si hubiera estallado un incendio. Ben-Gioras con los ojos desmesuradamente abiertos dió un grito de asombro. Aunque esperaba encontrar una fortuna, la realidad superaba a sus ensueños. Durante varios minutos permaneció inmóvil, febril, palpando el oro con la mirada que en ese momento se le puso fija y turbia como la tienen los enamorados en sus horas de pasión. Luego comenzó a separar de las dalmáticas los finísimos bordados en que estaban los diez mandamientos esculpidos con diamante. Al arrancar de los éfodos las rosas de oro de las doce tribus cuyos nombres estaban escritos con pedrería, el joven sintió deslumbrados sus ojos con los irisados prismas que vertían los tapacios orientales, las ágatas vírgenes, las perlas de color de aurora.

— ¡Oh, qué fortuna! — exclamó — Ahora podré mandar, despreciar, vengar a mi padre, buscar a mi madre. Mujeres, honores, goces, coronas, todo podré tenerlo. Como me siento otro hombre. Me parece que me he vuelto dios. En mis manos están los desposos de Jerusalem, quiero...

El ruido seco de unos golpes dados en el escudo que servía de puerta, cortaron el monólogo de Ben-Gioras. Sorprendido, recogió rápidamente las monedas, escondió el cofre cubriéndolo con su capa, y desnudó su daga. ¿Había sido observado por sus subalternos? ¿Venían a quitarle su tesoro?

— ¿Quién es? — preguntó avergonzándose ante sus propios ojos de haber sentido una inquietud parecida al miedo.

Un silbido lento y trémulo resonó en aquella lóbrega concavidad. Al oírlo, el semblante del joven se desarrugó y corrió a abrir gritando con voz regocijada:

— Entra, imbécil. Ya tengo las joyas. Qué gusto me has dado.

— ¡Al fin eres poderoso! — gritó el negro Queema contemplándolo extasiado con aquella misma admiración con que hacía seis años lo había visto hacer prodigiosas pruebas en el circo. Sus más queridos sueños habían sido ver rico y poderoso a aquel aventurero que lo había hipnotizado, y he aquí que esos deseos se realizaban.

— Ya eres rico — dijo, buscando con la mirada el tesoro.

— Somos ricos, dí más bien; tú también eres dueño de él, — declaró aquel hombre egoísta, a quien la ebriedad de la alegría hacía entonces generoso. — Elije lo que quieras, — ordenó luego, alzando la caja y abriendo rápidamente el cofre.

Al ver aquel montón de llamas multicolores, el negro aulló de alegría, dió saltos, se rió como un energúmeno y saludó a su amo con genuflexiones exageradas. Luego se arrodilló y saludó con el pensamiento a sus dioses de la India.

— Pero ¿qué haces? animal — dijo el joven riéndose. — ¿Estás llorando?

— Rezo y lloro de alegría — contestó el negro. El tiempo de nuestras miserias ha concluido.

— Levántate y dime cuántos sextercios hay aquí.

— Muchos cientos de miles.

— ¿Qué dices? No seas hipópótamo; esto vale millones. Toma unos diamantes.

— No los quiero; me basta con que tú estés contento.

— Y lo estoy. Y tú también debes estarlo de ser mi amigo. No te cantó mal gallo cuando me conociste, bribón; no tuviste mal ojo, adivinaste lo que yo iba a llegar a ser.

— Claro está. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

— No lo sé.

— Vamos a Roma a vivir como sátrapas, cubiertos de púrpura, ceñidos de flores — dijo el negro, moviendo las relucientes pupilas que parecían de gato.

— No tienes mal gusto, ¿es que estás cansado de nuestra vida?

— Cansado no; pero, ¿qué diablo! ya es tiempo de gozar algo más de comodidades; bastante hemos dormido sobre la tierra, y comido pan de ceniza. ¿Recuerdas cuando nos alimentábamos de bellotas crudas en Grecia?

— Sí; y también cuando nos comíamos las uñas de hambre en Siria; pero sobre todo me acuerdo de los azotes y de las injurias que sufrí en el circo, pero, ¿dónde está Efraim?

— Ha quedado en la entrada del sótano vigilando.

— Corre a llamarlo.

— ¿No te parece imprudente que vea esto él, siendo tan joven?

— No, idiota; él tiene derecho a gozar de esta alegría; porque sin el pergamino que él me trajo, no tendríamos tan gran riqueza.

**Mañana aparecerá la quinta parte**

# AMOR SUBLIME

por  
LUIS BARRANTES MOLINA

## QUINTA PARTE

El negro salió lentamente y refunfuñando:

—Sólo piensa en él, sólo estima sus servicios. Yo le sirvo más y sin embargo prefiere a Efraim.

Al poco rato volvió con el adolescente. Este venía pálido y extenuado por el trabajo de esa noche; pero al ver a Ben-Gioras y el tesoro, sus ojos se iluminaron; envolvió al aventurero en una mirada estática, húmeda de emoción y se abrazó a su cuello con un pueril ímpetu de regocijo. Durante un minuto los tres amigos se fundieron en un solo abrazo, sin poder hablar, embargados por la alegría. Al verlos así, se creería que aquellos ladrones y asesinos profesionales, sin sentido moral, estaban ligados por la noble alianza de la amistad. No era así sin embargo. Ben-Gioras, en su interior los despreciaba y la amistad de ellos para él era una docilidad inconsciente, provocada por el poder hipnótico de la mirada de su jefe, que había sugestionado aquellas dos naturalezas histéricas, las que por estar con frecuencia bajo su influjo, se hacían cada vez más obedientes a su voluntad. Al fin gozaban todos ellos la dulce fiebre del éxito tantas veces entrevisto, al fin veían la realización de sus ambiciones con que tantas noches habían alejado el sueño en sus pálidas noches de penuria. Pero Quema no estaba plenamente satisfecho. El hubiera querido ser el único que compartiera la alegría de Ben-Gioras. Por eso procuró hablar para poner fin a aquellas expansiones.

—Ahora —dijo,— tú podrás viajar adonde quieras, comprar esclavos. ¿Por qué no vamos a Grecia?

—Calla, bestia; tus consejos son siempre estúpidos. No se te ocurren más que sandeces. Antes de pensar en divertirnos debemos terminar nuestro plan.

—¿Pues no está ya cumplido? —preguntó Efraim.

—¿Cómo ha de estar si no estamos seguros? Ahora yo debo ir a Roma a procurar la destitución de Pilatos y a adquirir el trono de Judea para Agripa; pues hasta que él sea rey, no estaremos seguros de no ser capturados y ahorcados; es necesario, además, hacer algo que tranquilice a Caifás; darle una explicación de la desaparición de esas joyas; evitar que arme un escándalo.

—Mándale otra carta falsificada —aconsejó el negro.

—No; es de temer que él esté ya en guardia y tenga sospechas; es necesario buscar un hombre que le inspire confianza; en fin, ya pensaremos lo que hay que hacer; por ahora lo que urge es deshacernos de Assur y de Ascalón.

—Yo me encargo de eso —prometió Efraim.

—No; tú eres adolescente, y con la fatiga de hoy debes estar débil. Toma un poco de vino y vete a descansar.

—¿Y a mí no me compadeces? —preguntó Quema con visible envidia.

—También a ti, amigo mío; pero tú eres más hombre —contestó el jefe dándole una palmada.

—Voy a obedecerte —dijo el negro, algo mohino.

—Aguarda; yo parto mañana para Roma. Tú quedarás aquí disfrazado de ~~un~~ egipcio observando de lejos a Caifás y cuidando de las vestiduras sacerdotales que

### LECTORES:

La *Novela del Día* ha resuelto publicar mensualmente, y en partes, dos números extraordinarios de los mejores novelistas contemporáneos. A fin de no interrumpir la salida semanal de novelas cortas y para dar mayor cabida a la producción de los autores jóvenes, estas ediciones no llevarán la numeración corriente, de modo que aparecerá como de costumbre, una novela corta, todos los viernes, fuera de las dichas ediciones.



yo no puedo llevar ahora. Están en el fondo de ese cofre. Entiérralo en el sótano de los esqueletos, en presencia de Efraim, a fin de que los dos sepan donde está para buscarlo después. Ahí tienes ese saco de oro para vosotros dos. No te doy, por ahora, ninguna otra joya porque no conviene que sean vistas aquí; las venderemos después en Roma. Cuidame mucho a Efraim y envíamelo dentro de quince días a Roma con las noticias que tengas... Y tú, procura no hacerte el borrico y estar listo para ir a buscarme en Antioquia dentro de dos o tres meses. Ahora vamos todos a dormir.

Al día siguiente Ben-Gioras reunió en el subterráneo a cuarenta bandidos que le servían. Eran hombres de terrible aspecto, con barbas de erizo, quemados por el sol y el viento; pero de recia musculatura. Ben-Gioras se complació un momento examinando el vigor de aquellas piernas acostumbradas a montar potros bravíos y que se podían ver a causa de la cortedad de sus bragas que parecían taparrabos.

—Amigos míos — les dijo Ben-Gioras, — tenemos que separarnos. Os portásteis ayer como bravos y quiero en recompensa dar a cada uno un rollo de hilo de oro. (Era el que había sacado de los ornamentos). Además se repartirá entre vosotros solos el botín que tomásteis ayer.

—¡Evoe! ¡Viva! — gritaron con entusiasmo salvaje.

—¡Silencio! — ordenó el joven.

Todos callaron a un tiempo, porque Ben-Gioras con su belleza y su fuerza tenía hipnotizados a aquellos feroces bandidos, que eran el terror de los soldados romanos. Quedó mirándolos un rato en silencio, frunció sus hermosas cejas horizontales, llenas de energía y dilatando su nariz ligeramente corva que daba a su bello semblante la vaga semejanza de una ave de rapiña:

—Atended bien — les dijo. — El gobernador Pilatos conoce esta guarida y va a perseguirnos. Con nuestro saqueo de ayer, la población está resentida con nosotros y ya no nos encubrirá más. Debemos, pues, dispersarnos ahora mismo. Cada uno salga de la montaña por distinto lado. Luego id a reunirlos bajo las órdenes de Nassio y permaneced en Samaria. Allí entreteneos asaltando las caravanas o descansando. Dentro de seis meses iré a buscarlos; entonces seremos los dueños de Jerusalem y haré con vosotros mi guardia de policía.

—¡Evoe! — rugieron los mercenarios aullando de alegría.

—Cuidado con venir acá antes de ese tiempo, — prosiguió el joven. — Quien tal hiciera sería mi enemigo. ¡Con que, ¡hala! y hasta la vista, amigos míos!

Los bandidos fueron desfilando por el subterráneo, después de abrazarlo y se despidieron, dispuestos a obedecer al joven con aquella estricta exactitud a que él los había acostumbrado. Poco después salía también Ben-Gioras con rumbo al puerto de Cesarea para dirigirse a Antioquia y Roma. Iba disfrazado de mercader, con la piel empalidecida con las tinturas exóticas que preparaba Quema. Llevaba las joyas sagradas en un cofre cubierto con una tela en que había escrito: "Incienzo de Arabia". No era cierto que la guarida había sido descubierta por Pilatos, pero Ben-Gioras, por prudencia, había hecho alejar a los bandidos. Por eso Quema y Efraim quedaron solos en el sótano. Por primera vez, después de haber sido tan amigos, permanecían re-concentrados y silenciosos. Varias veces intentó Efraim referirle al negro su descubrimiento de la hoja del trébol que había visto en la espalda de Agripa y las sospechas que tenía de que el príncipe fuera hermano de Ben-Gioras; pero ante el semblante hosco de Quema se calló el adolescente. Tampoco había tenido oportunidad de revelar ese secreto al mismo jefe aventurero, mas esperaba hacerlo, tan pronto como se reuniera con él en Roma. ¿Qué pasaba en el alma obscura del negro? Sencillamente que sentía celos de Efraim. Recordaba con amargura que Ben-Gioras lo elogió por su éxito en traer el pergamino de Agripa que sirvió al aventurero para presentarse a Caifás. Aunque Quema había tenido antes amistad con Efraim, ahora le incomodaba que fuera él el preferido del bandido. A Efraim nunca lo llamaba imbécil; a él lo había enviado a Antioquia a vivir en la alegre intimidad de Agripa, y ahora también apenas llegado ya quería que él fuera a reunirse para gozar de la riqueza de las joyas robadas, mientras que él, Quema, quedaba allí solo y expuesto a los peligros.

—Sí — siguió pensando el negro. — Ahora ya son ricos y quieren separarse de mí. Yo soy un extraño. Ben-Gioras y Efraim son judíos, de esa raza orgullosa que tanto desprecia a la mía. Ahora me dejan solo porque ya no me necesitan. Harto lo sé. Pero no seré yo el que trabaje para que se divierta Efraim. Ben-Gioras debe elegir entre él y yo, porque no admito rivales.

Rumiando esos malos pensamientos Quema procuraba alejarse de Efraim, o lo miraba taciturno, con hosca expresión en que

se esbozaba el odio. Ya el adolescente no era para él aquel mozo simpático, compañero de correrías y de comunes peligros, sino un rival y un enemigo a quien era necesario eliminar. Por la tarde de ese día Quema, cumpliendo las órdenes de su amo, fué solo a Jerusalem para quitarle la vida a Assur, uno de los usureros que formaron el complot del robo. Ese homicidio lo perpetró con mayor facilidad que si se hubiere tomado un vaso de agua. Mientras el prestamista contemplaba la noche en su azotea, el negro lo hirió por la espalda con un dardo certero. Al siguiente día Quema se hizo acompañar de Efraim para asesinar al otro usurero. Este fué invitado por el negro de parte de Ben-Gioras para visitar el subterráneo. Mientras los tres caminaban por esa concavidad, Quema le arrojó a Ascalón un lazo corredizo. El pobre viejo forcejeaba para escaparse con el espanto en los ojos, cuando el negro, impaciente, le revolvió en las entrañas su puñal lívico de dos filos. El usurero arrojó un mar de sangre cálida, porque era muy robusto y agonizó como un toro, mientras los dos bandidos lo contemplaban descansando. Ese espectáculo enardeció el instinto homicida del negro. ¡Qué fácil era matar un hombre! Y puesto que él acababa de cometer dos homicidios, ¿por qué no agregar uno más? Allí, en aquella soledad, descansando sobre el suelo, completamente confiado, estaba Efraim, su rival, el único ser que compartía con él la amistad de Ben-Gioras, el preferido, el que habiendo servido menos era mejor recompensado. Quema lo contempló con mirada turbia, con la mano temblorosa por la afluencia de sangre y con la conciencia oscurecida por los celos. Ya que era necesario que Efraim muriera, ¿por qué no aprovechar la ocasión? Pensando eso sacó el puñal... pero conoció que no tendría valor de hundirlo en el pecho de aquel bello adolescente con quien había compartido tantas penurias y peligros en una amistad fraternal. No. Era preferible deshacerse de él en la sombra, donde no viera su faz que tantas veces había besado en sus despedidas y separaciones.

—Vamos — le dijo, con extraño temblor de voz, — llevemos el cadáver para arrojarlo al foso; ve tú adelante.

Efraim lo obedeció dócil y confiado, medio adormecido por la fatiga. Cuando llegaron al borde de aquella cavidad hondísima, abierta en el interior del sótano, donde Ben-Gioras arrojaba los cadáveres, el negro soltó el cuerpo del usurero muerto, y de súbito dió a Efraim un violento empujón. El adolescente, con el peso del ca-

dáver cayó con él en la profundidad, lanzando un grito de espanto. Quema oyó rebotar su cuerpo en las paredes y exclamó:

—¡Algún día tenía que suceder!

Volvió al pasadizo del subterráneo y al pasar recogió del suelo el sombrero de Efraim. Entonces se representó al joven hebreo con sus rubios cabellos y su dulzura de niño, cuando peregrinaban juntos corriendo aventuras por Siria y Alejandria. Una gran tristeza invadió su corazón. Besó el sombrero y estalló en sollozos.

Efraim se llevó a la tumba el secreto de la hoja de trébol que había visto en el cuerpo de Agripa, semejante a la que tenía Ben-Gioras y que quizá habría explicado el enigma en que se envolvía la cuna del bandido.

#### CAPITULO XXVII

Ese mismo día Ben-Gioras, sentado en un montón de cuerdas sobre la proa de una nave, contemplaba la verde lontananza del mar, sin que lo distrajeran de su meditación el suave murmullo de las olas. Mientras sus ojos se recreaban en las fantasías de la espuma, su mirada interior iba absorta en la contemplación de su propia vida. En aquel momento su alma orgullosa no alimentaba, como pudiera creerse, ningún deseo de hartarse de placeres, con el recurso omnipotente de su riqueza. Proponíase seguir viviendo casto y sobrio, mas no por escrúpulos de conciencia; porque aquel hombre tan bien dotado intelectual y físicamente, aquella brillante y poderosa máquina humana, no tenía más defecto que la carencia de sentido moral. Su continencia era, pues, calculada y respondía a su exorbitante ambición. Solamente era temperante para ser fuerte. Por eso, ahora, con cierto placer, evocaba los ecónditos y tristes recuerdos de su turbulenta infancia para compararlos con el presente próspero y el porvenir risueño.

—Qué cambio — se decía. — Heme aquí, rico, libre, omnipotente. Hace apenas diez años era yo un pobre histrión de circo, hoy soy un semidiós; en otro tiempo conducía a otros en litera, hoy puedo hacerme conducir yo por patricios. ¡Qué hermosa es ahora la vida! Seré amigo de Agripa; pero ya no como antes, para acompañarlo en las orgías defendiéndolo de sus enemigos con mis puñales y puñetazos, sino como un protector.

Después de dos meses de feliz navegación, el bandido arribó al puerto de Ostia y se dirigió a la capital del imperio romano. Diestro y prudente, supo vender allí, a los rentistas, algunas de las joyas sagradas. Provisto así de dinero y suntuosamente vestido, su hermosura adquirió mayor realce, causando la mejor impresión entre la

aristocracia. Nadie reconoció en aquel gallardo personaje de aspecto consular, al niño acróbata que varios augustales habían aplaudido, algunos años antes, en el circo. Los patricios admiraron sus anchas espaldas de atleta, y su sólida y bella estructura animal. Las damas, sobre todo, lo miraban extasiadas; porque aunque allí abundaban los griegos y latinos de clásicas líneas y armoniosos perfiles, todos eran débiles por el exceso de sus desórdenes, mientras que el bandido unía a su tipo correcto y a su cuerpo estatuario una fuerza nerviosa y una flexibilidad de músculos, que nadie poseía sino él que penosamente se vió compulsado a adquirir esas cualidades en el circo, bajo el látigo de sus explotadores. Por otra parte, su vida austeria, sus frecuentes viajes al aire libre, sus siestas a bordo de los barcos, oxigenaron su organismo en el que circulaba una sangre tan rica en glóbulos rojos que no necesitaba teñir sus mejillas para que lucieran en ellas arrebos de púrpura. Fácil, le fué, con la protección de Agripina, la prima de Agripa, a quien sedujo con sus joyas, obtener la deposición de Pilatos, contra quien los judíos habían elevado ya varias acusaciones. Por eso, al salir procesado Pilatos de Jerusalem para Roma, debieron protegerlo las guardias, porque los judíos le arrojaban piedras gritándole:

—¡Vete, viejo avaro, a las cárceles de Roma!

Su mala estrella siguió persiguiéndole gracias a la actividad de Ben-Gioras, que con su dinero hacía activar el proceso.

Cuando partió para el destierro recibió una carta anónima enviada por Ben-Gioras, la cual lo llenó de terror.

—“Hace siete años — le decía la carta, — que tú, junto con Caifás y Anás, aplicaste la pena de muerte en la cruz a tres acusados. Yo soy el vengador de uno de ellos. Ya he castigado a Anás y pronto será castigado Caifás. Ojo por ojo, diente por diente. No basta que estés despojado, es necesario que mueras. Tús días están contados”.

El desterrado leyó esos párrafos lleno de la más viva inquietud y arrojó el papiro en que estaban escritas, temblando convulsivamente, como si arrojara una serpiente.

—¿Qué tenéis, señor? — le preguntó su fiel criado, único que lo acompañaba en su destierro.

—¡Estoy perdido! — exclamó — un dios me persigue. ¡Ah! cuántas veces he temido que aquel profeta fuera más que un hombre.

—¿De quién hablas, señor?

—¿Has oído hablar de aquel galileo que condené a muerte de cruz?

—Sí; Jesús Nazareno; ese a quien hoy adoran los cristianos.

—Pues bien; ellos tienen razón; era un dios, no me cabe duda; él es el que me ha hecho condenar en Roma.

—Pero ¿no murió él?

—¿Mueren acaso los dioses? Tú sabes que desapareció del sepulcro.

—Sí, y se dijo también que los cristianos habían robado su cadáver, para hacerlo pasar por dios.

—Nada se puede saber acerca de su desaparición del sepulcro; porque no hubo testigos de ella.

—Sí que los hubo.

—¿Cuáles?

—Los pretorianos que custodiaron el sepulcro; ellos afirmaron que el cadáver del profeta fué robado por sus discípulos.

—Pero si ellos mismos han declarado que lo dejaron llevar porque estaban dormidos, ¿cómo pudieron ser testigos del rapto?

—Es verdad — dijo el criado rascándose la cabeza; — si los testigos estaban dormidos, nada han visto ni nada pueden atestiguar.

—Créeme, aquel Profeta era más que un hombre; él es el que me ha hecho deponeer y desterrar y ahora me amenaza con la muerte.

—Señor, si el dios te castiga, tú debes ser culpable; procura aplacarlo con sacrificios. Debe ser un dios justo y poderoso.

—¿Qué puedo hacer ahora que estoy arruinado? Pero, además, yo no creo que le haya hecho daño; al contrario, hice todo lo posible por salvarlo; tú no sabes qué combinaciones, qué artificios, empleé para evitar que ese inocente fuera castigado.

—Y ¿cómo sabías que era inocente?

—Porque ninguna prueba encontré sobre su culpabilidad; porque se veía su inocencia en la serenidad de su semblante; porque aunque se declaró rey, su reino no era de este mundo, según él mismo lo explicó. Su único error consistía en llamarse Dios inocente locura que no está condenada por las leyes romanas.

—¿Simpatizabas, entonces, con el Profeta?

—Nada de eso. Como todos los judíos, me inspiraba desprecio; pero intenté defenderlo sólo por contrariar a sus acusadores, a esos sacerdotes, a quienes yo odiaba porque habían intriguado para hacerme destituir. Además, deseaba complacer a mi esposa Prócula, que me recomendó ese acusado. Por eso, como el Sanedrín no tiene

facultades para sentenciar a muerte, les remití a ellos el Profeta, con el designio de salvarlo, y con el mismo fin lo mandé para que lo juzgara Herodes Antipas. ¡Vano sacrificio! ¡Inútil escapatoria! Me devolvieron el reo con el pretexto de que sus delitos no sólo eran religiosos, sino también políticos. Recurrí, entonces, a otra estratagemma para salvarlo. Recordé al pueblo que yo tenía derecho a dar libertad a un delincuente en ese tiempo de Pascua y les insinué que eligieran al Nazareno. "No encuentro en Jesús ninguna culpa — les advertí, — pero puesto que tenéis el uso de libertar a un reo, elegid entre este inocente y el homicida Barrabás".

—Y te equivocaste — dijo el criado.

—¡Completamente! Creí que sus discípulos influirían en favor de su Maestro; pero ninguna voz se levantó que defendiera al Profeta.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Viendo frustrada esa esperanza, mandé flagelarlo con exceso.

—¡Ah! ¡Qué crueldad con un inocente!

—Lo hice solamente para salvarlo; creí excitar así la piedad de aquel pueblo. Lo expuse, sangriento, herido, ridículo, con una caña de rey caricaturesco, y les dije: "Ved cómo lo he puesto a pesar de su inocencia; sólo por complaceros; ahora daos por satisfechos".

—¿Y tampoco conseguiste nada?

—¡Absolutamente nada! En vano les rebatí todas sus acusaciones; en vano olvidé mi carácter de juez para convertirme en abogado de aquel Justo. Al fin me vencieron con sus amenazas. Me pusieron en la terrible alternativa de apoyar su injusticia o de perderme yo mismo.

—¿Y qué tenías tú que ver con la suerte del Profeta?

—¡Admira la astucia de aquella multitud implacable! Me gritaron: "Si a este sedicioso que se dice rey lo sueltas, eres tñ enemigo del César; porque el que se hace rey se opone al César". Y aunque yo podía alegar que aquel reino no era de este mundo, esa excusa carecía de sentido para un romano escéptico, como yo, que no cree en la otra vida. El silencio del Profeta, por otra parte, no me facilitaba su defensa. Viéndome vacilar, la multitud me amenazó, tomando ella el partido del César contra mí, que debía defenderlo. Temí que se promoviera una revuelta popular; temí que se interpretara mal mi actitud y que yo fuera acusado ante el César, como defensor de los sediciosos; temí sufrir lo que ahora estoy sufriendo: la destitución y el destierro.

—Comprendo tu conflicto. Quisiste salvarlo para ser justo, pero no pudiste hacerlo sin sacrificarte a tí mismo.

—Exactamente. Por eso lo abandoné a su suerte. ¿Qué más podía hacer? Yo desafío al más justo de los romanos a que procediera de otro modo en semejante caso. ¡Ah! si yo hubiera sabido que era un dios esa creencia me habría dado fuerzas para salvarlo, complaciendo los deseos de Prócula; pero sólo después he llegado a sospecharlo. Empero, los más culpables son Anás y Caifás. Por eso te encargo que cuando yo quede en mi destierro le lleves a Caifás esa carta misteriosa que he recibido del vengador de Jesús.

—Lo haré, señor, como tú mandas, — dijo el fámulo.

Y en efecto, dos meses después, al regresar a Cesarea, que era su patria, cumplió su promesa.

Pocos días después del destierro de Pilatos, creyó Ben-Gioras que era necesario ir en busca de Agripa para que agenciara por sí mismo la compra del cetro de Judea, y con ese propósito se embarcó para Antioquia, después de seis meses de permanencia en Roma.

## CAPITULO XXVIII

—Salud, Agripa — dijo Ben-Gioras entrando al tocador donde el príncipe se rizaba los cabellos. Estaba pálido, demacrado, lleno de laxitud y de indolencia.

—¡Ola! Bien venido seas; al fin llegaste — exclamó Agripa, abrazando con efusión a su amigo.

—Siempre cuidando el cuerpo, ¿eh?

—Así lo exigen los tiempos, amigo Ben-Gioras.

—No me llames así. Desde ahora debes llamarme Talo, el samaritano.

—Como quieras. Y bien, ¿has conseguido algo?

—Sí; ya sabes tú que yo nunca fracaso — murmuró el bandido, tendiéndose con libertad en un lecho de ébano, bordado de encajes tan ligeros que parecían espuma.

—Gracias, amigo; que los patriarcas y los dioses te bendigan; no sabes qué consuelo me das; estaba desesperado, acosado por los acreedores.

—Sin embargo te veo bien vestido y en una casa lujosa.

—Con el dinero de Cipro; pero ya está agotándose. Por eso me aburro soberanamente. No puedo gastar en grande; casi me suicidaría si no fuera esa vaga esperanza de llegar a ser rey.

Si en aquel momento Efraim hubiera podido ver juntos a esos dos socios, no hubiera dudado del parentesco que él les atribuía desde que advirtió que ambos tenían impresa en el muslo una hoja de trébol. En efecto, a pesar de la belleza y de la fuerza del bandido, que contrastaba con la debilidad y abandono del príncipe, ambos tenían líneas de rara semejanza. Su carácter también se identificaba por su conciencia sin escrúpulos, por el exquisito arte del disimulo, por el apetito del derroche y la pasión de la venganza que junto con el amor mórbido eran estigmas de la familia de Agripa. Solamente se diferenciaba Ben-Gioras del príncipe en que aquel se había robustecido con la pobreza y los ejercicios acrobáticos. Por otra parte, Agripa sufrió toda la corrupción de Roma, respirando allí perfumes y miasmas y debilitándose con todos los venenos del placer pagano. El deseo de sensaciones nuevas, y los vicios que veía representar en los teatros, lo indujeron a frecuentar las orgías, aunque al principio sentía náuseas. La naturaleza, más sabia que él, le advertía con asco y hastios la ilicitud moral de esos placeres. El aventurero sonrió a su antiguo amigo.

—Bueno — dijo Ben-Gioras — ahora te daré dinero para que pagues todas tus deudas.

—¿De veras? ¿Has conseguido tanto? — exclamó el Príncipe, saliendo de su habitual apatía y sentándose al lado de su amigo.

—Te traigo mucho más de lo que esperabas.

—¡Ah, qué bueno es ese Caifás, que me manda socorros! — manifestó Agripa apartando de su pálida frente los artísticos tirabuzones de sus rizados cabellos.

—No creas que él me ha dado gran cosa; lo que traigo lo he conseguido yo de varios usureros judíos, a quienes he prometido que tú serás pronto rey de Jerusalem; pero sobre todo te ofrezco lo que yo acabo de heredar.

—¿Has heredado? ¡Hombre feliz! ¿Y de quién?

—De un tío usurero y casi millonario, de Damasco, llamado Talo. Gracias a su oportuna muerte, tú serás rey.

—¡Gracias! ¡Eres más grande que Salomón!

—Toma cincuenta mil denarios en moneda — dijo Ben-Gioras, arrojando con señoril desdén varios sacos repletos de oro.

—Cincuenta mil! ¡Oh, hombre admirable! — exclamó Agripa, recogiendo ávidamente aquel tesoro imprevisto. — Déjame que te bese.

—Espérate. Eso no es más que el comienzo.

—¿Cómo! ¿Todavía tienes más?

—Extiéndeme un recibo por un millón de sextercios.

—¡Un millón! Tú te burlas.

—No es broma; extiéndeme el recibo.

—Lo haré para seguirte la broma.

—Pon que lo has recibido de mí por encargo de Caifás.

—Bien; aquí tienes el recibo.

—Pues ahí va esa miseria — dijo Ben-Gioras, arrojando dos sacos llenos de brillantes.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Parece un reguero de estrellas! — exclamó Agripa dando un grito de asombro y palideciendo intensamente.

—Ve a esconderlo antes de que venga Cipro, — ordenó Ben-Gioras.

Poco tiempo tardó Agripa en ocultar en su subterráneo aquel tesoro; pero cuando regresó, su amigo le esperaba impaciente.

—¿Está seguro? — le preguntó.

—Bajo siete llaves.

—Bien; salgamos ahora — ordenó el bandido con tono autoritario.

—¿A dónde vamos?

—A la avenida de los Jardines, a que me indiques el mejor palacio; debemos comprarlo hoy mismo para que te instales con decencia, porque tú vives en una pocilga.

—No tanto, hombre; pero ¿por qué tanta prisa?

Sin contestarle, Ben-Gioras echó a andar rápidamente. Pocos momentos después pasaban por el hipódromo.

—Ya salen de las carreras — observó el príncipe.

—Por eso tienen la cara tan triste — dijo el bandido.

En efecto, el espectáculo hípico había terminado y la tristeza comenzaba a caer sobre los rostros extenuados por la emoción. Por eso la multitud se dirigía a las tabernas, donde recobraba el júbilo con la ebriedad y el desenfreno. Los devotos de Baco y de Afrodita buscaban la infecta sombra de los cipreses y de las tiendas de vino. Las bacantes, con las ojeras teñidas, comenzaban sus danzas ondulantes a la media luz del crepúsculo, los bufones, charlatanes, encantadores de serpientes, adivinos, músicos y comediantes se disputaban las últimas monedas del público. Los hechiceros vendían amuletos contra el cáncer, el desdén, el desamor, el mal de ojo y la mala suerte. Rondas de jóvenes varones pasaban enlazados del brazo comentando los incidentes del juego, mientras a un lado los faetones hacían crujir su látigo, dirigiendo las carrozas de los aristócratas, que, recostados en sus almohadones, bajo quitasoles de púrpura, parecían dormir con elegante negli-

gencia. Pronto se hizo de noche, pero los aparadores, las tabernas, las hospederías, los lupanares, los garitos, encendían antorchas, lámparas y hogueras. Agripa, sin preocuparse de aquel espectáculo, pensaba en que Ben-Gioras, que estaba a su lado, ya no era el bailarín del circo, sino un hombre poderoso cuya amistad debía cultivar con empeño. Por eso le puso cariñosamente la mano sobre el hombro diciéndole:

—Gran suerte es para mí tener un amigo como tú. Ahora no dudo que te deberé el trono. ¿Cómo podré recompensarte?

—Pronto te pediré un servicio.

—Lo que tú quieras; tú serás el primero en mi reino.

—Me contento con que me ayudes a vengarme de los que mataron a mi padre.

—Ya estamos en los jardines.

En efecto, habían entrado en el barrio de las suntuosas mansiones y de los umbríos jardines, donde vivían los procónsules romanos y sacerdotes sirios. Agripa señaló la mansión más bella y fastuosa. Alzabase sobre columnas y estaba circuida por una balaustrada de bronce sobre la cual erguían su temblorosa copa erectos, pinos y arces floridos. Bustos de bronce y sátiros barbudos adornaban el vestíbulo sobre rojas cornisas y acróteras de oro. Los dos amigos preguntaron al esclavo que cuidaba en el pórtico por su amo y el fámulo llamó a la señora. Ella declaró que su esposo, el edil de Antioquía, alquilaba aquel palacio a Diomedes, que era el propietario y que vivía en el puerto.

—No es posible que sea ese papanatas — se dijo Agripa, pensando en su afeminado amigo que vivía con Hioroteo y que siempre se había negado a prestarle dinero, alegando su pobreza.

—Vamos, pues, al puerto — ordenó Ben-Gioras.

—¿Cuánto piensas pagar por esa maravilla? — preguntó Agripa.

—Lo que pidan.

—Llegaron en silencio a la casa de Diomedes y entonces Agripa, que lo conocía, no dudó ya de que su amigo era el propietario. Por eso se quedó afuera, a fin de facilitarle a Ben-Gioras la compra de ese inmueble. Al poco rato apareció en la puerta el aventurero llamando al príncipe e introduciéndolo en la estancia donde estaban también Ascassem y Hioroteo.

—Ven, para que seas mi testigo — le dijo. — Sabe que voy a adquirir el palacio que hemos visto en los jardines; he ofrecido por él un millón de dracmas.

En efecto, ese precio estaba estipulado en el papiro en que constaba la importante

transacción, que presenció momentos después el funcionario civil. Agripa firmó con los demás testigos, sin saludar a Diomedes, que se había puesto livido de vergüenza por haberle mentido declarándose pobre. En seguida Ben-Gioras puso sobre la mesa etrusca una caja de diamantes, diciendo:

—Felizmente sois vosotros personas capaces de apreciar el valor de estas joyas.  
—¡Son soberbias! — exclamó Hioroteo deslumbrado, y todos miraron al bandido como preguntándose: “¿Qué potentado es éste que tales tesoros posee?”

Diomedes guardó con estudiada negligencia los quince diamante y despidió hasta el pórtico a su opulento comprador.

—¿Serán falsos?—dijo Diomedes a Hioroteo, cuando quedaron solos.

—Son legítimos; un portento; valen más de un millón de dracmas; ¿quién será ese Creso.

—No lo sé; pero puesto que anda con Agripa, no será un cualquiera. Quizá sea un reyecuelo de lejanas tierras. Tiene algo del tipo judío.

—En ese caso — dijo Hioroteo, — ése será el Mesías, ese Enviado del cielo, ese Profeta que dicen los cristianos que ha bajado a comunicarse con los hombres.

—¡Bah! Esas son patrañas — declaró el levita Ascassem, — ese rico comprador debe ser, simplemente, un usurero judío, pues los hay que son millonarios.

—Es más rico que yo — declaró Diomedes con tristeza.

—Y que yo — dijo Ascassem, suspirando.

—¿Cómo, tú también envidias la riqueza? — preguntó el filósofo al levita. — Me extraña, porque Saulo, tu jefe, censura ásperamente a los ricos y casi les niega el derecho de propiedad.

—Saulo no es mi jefe — contestó el levita.

—Pues me habían dicho que eras de su secta.

—Nada de eso; soy judaizante, o mejor dicho, judío; pero estoy con los judaizantes sólo para combatir las extraviadas exageraciones de Saulo.

—Ese hombre está loco — declaró Diomedes, — si como dices niega el derecho de propiedad.

—No lo niega rotundamente — explicó Hioroteo — sino que limita tanto su uso, que deja al propietario convertido en un simple administrador y usufructuario de sus bienes; según él, los ricos no pueden hacer lo que quieran con sus propiedades, no pueden gastar en lo superfluo, no pueden practicar la usura, no pueden vivir en

la ociosidad, no tienen derecho a ocupar los primeros puestos sociales, fundándose sólo en sus riquezas.

—Pues ¿para qué sirven, entonces?

—Para socorrer a los pobres. La riqueza tiene ante todo una finalidad social; no es tanto para el individuo como para la colectividad. Por eso la limosna que da el rico no es un simple don, es una restitución que hace a Dios, — único dueño de las cosas — en la persona de los pobres. Tal es lo que he oído predicar a Saulo.

—¿Qué peligrosos disparates! — exclamó Diomedes. — Con esos principios se combate el orden económico establecido y se trastorna la sociedad.

—Eso es. Saulo me parece un terrible revolucionario — afirmó enfáticamente el ateniense.

Y los tres murmuradores se enredaron en una larga disputa sobre las ideas de Saulo, cuya profundidad y trascendencia apreciaba, en toda su hondura, la clara inteligencia del filósofo.

Entre tanto, Ben-Gioras y Agripa habían llegado a la casa de éste.

—¿Dónde está Berenice? — preguntó el bandido.

—Allí la veo, en el jardín, con Cipro.

—Voy, pues, a saludarla.

Los dos amigos se separaron. Agripa se encerró en su estancia y volvió a contemplar con delectación el saco de los diamantes que le diera el aventurero.

—Es prodigioso, cómo adquiere tan grandes riquezas ese muchacho, — se dijo.

Y examinó, palpó, pesó y besó las maravillosas piedras. ¡Era verdad! Indudablemente con ellas se podía adquirir el trono de Israel. Entonces verdaderamente se convenció de que lo visitaba la fortuna. ¡Sería rey! ¡Podría gozar hasta saciarse! ¡Oh, dicha! Cerró los ojos y vio iluminarse su vida. Ya no correrían tristes y estériles sus días. Y se contempló en su palacio de Jerusalén, entre jardines y mármoles, guardias y esclavas. Oía piafar sus caballos, crujir la seda de sus divanes y espumar el vino de sus banquetes. ¡Qué fiestas y orgías endulzarían su vida! Pero luego, el cauteloso, elástico, voluble, disipado y suspicaz príncipe se inquietó con un nuevo orden de ideas. Se levantó y dando largos trancos por la estancia, monologó así:

—¿De dónde procede tu fortuna? Tú no has heredado. No creas que me chupo el dedo. Seguramente has saqueado ese tesoro. Bien, ¿y qué? Si él me sirve, poco me importa el origen más o menos turbio de donde venga. Tú me mientes. Sea así puesto que te conviene. A mí también me conviene fingir que te creo y resignarme a ser

engañado. Saber dejarse engañar cuando conviene, es una gran habilidad política. Cuando sea oportuno te diré que conocía tu táctica, pero que me dejé engañar por grandeza de alma. ¿Tú quieres hacerme surgir para preparar tú? Está bien; mientras no me estorbes. ¿Acaso no hacen los Césares lo mismo? Todos los que mandan hoy son una canalla aventurera y afortunada. Cuando yo sea rey, veré si conviene devolver lo que has hurtado. La cuestión por ahora es surgir.

A su vez Ben-Gioras, mientras se alejaba se fue diciéndose:

—Te haces el inocente, pero seguramente sospechas que he robado el dinero que te he prestado; ya sé yo que no tienes un pelo de tonto; pero, felizmente, eres perezoso y cobarde; necesitarás de mí; no te conviene deshacerte de este cómplice; y si te procuro diversiones y hermosas mujeres, te dejarás guiar por mí y yo seré el verdadero rey de Palestina. Y con justicia, porque yo soy quien va a conquistar tu trono. Para ello me servirá del dinero robado al templo. ¿Y qué? La cuestión es tener éxito. Desde luego, tengo asegurada la impunidad, porque tú, futuro rey, eres mi cómplice.

## CAPITULO XXIX

Con tales pensamientos, — que bien podrían ser fratricidas, si resultaban ciertas las sospechas del extinto Efraim, — el audaz, resuelto, autoritario y soberbio jefe de bandidos se dirigió al suntuoso jardín de las palmeras, donde descubrió la silueta de las dos mujeres, amigas suyas, sentadas bajo un inmenso quitasol de púrpura. La brisa fresca del río sacudía sus cabellos y esparcía el perfume violento de la montaña. De pronto oyeron sus pasos, y al volver la cabeza vieron con placentero asombro la gallarda figura del bandido, ataviada entonces con deslumbrante lujo. Berenice se lanzó hacia él, pálida de amor, mientras que Cipro le sonreía haciendo esfuerzos para ocultar sus turbaciones. El aventurero, consciente del poder de sus ojos, clavaba en ellas unas miradas tan penetrantes, que, de puro intensas, les causaban vértigo.

—Al fin te venios — exclamó Berenice.

—Con cuanta ansiedad te esperábamos — confesó la vieja.

Y las dos comenzaron a hablar a un tiempo, sonrientes y embriagadas de júbilo, deseando ambas que una de ellas se alejara para poder a solas acariciar al afortunado ladrón.

—He cumplido tu encargo — dijo Cipro hablándole al oído, — he abierto mis salones a la aristocracia siria; he apartado a

Agripa del juego; espero que estés contento de mi.

—Y tanto — dijo el joven, dándole un enorme diamante de incalculable precio, — que os he traído este regalo como premio.

—¡Oh! No sé si debo... — exclamó ella, pensando en que aquel regalo podía desagradar a su esposo, y a la vez confusa y aturrida ante la magnífica piedra.

—Aceptálo; también le he dado obsequios a Agripa — dijo el joven.

—¡Cómo, te has hecho rico! — exclamó ella, mirándolo con admiración y con ternura.

Luego, súbitamente, recibió el diamante y se alejó corriendo para enseñárselo a Agripa; pero de camino se detuvo pensativa, dirigiendo a su cuñada escrutadoras miradas. Después, desapareció entre las palmeras.

Ben-Gioras se quedó contemplando a Berenice con ternura. A pesar de que el recuerdo de Elisabeth neutralizaba su simpatía por la hermana de Agripa, ésta le parecía como nunca bella y voluptuosa. Extrajo de su cinturón una cajita y ofreciéndola a la joven, le dijo:

—Para ti he traído este montón de perlas.

—Son bellísimas — exclamó la doncella recogiendo las, — pero esto te habrá costado una fortuna, ¡qué rosados reflejos tienen estas bellotas!

—Me cuestan un ojo de la cara; pero, ¿qué es eso para lo que vales tú?

—¿Cómo has podido adquirir dinero para comprar esto? — preguntó Berenice, simulando ignorar la profesión de Ben-Gioras, de asaltar caravanas.

—Con negocios de navegación — contestó el joven.

—¿Cómo son?

—Tú no entiendes de eso. Hablemos de otra cosa. Yo debiera estar enojado contigo. No has resultado una buena aliada para mí.

—¿Lo dices por el pergamino?

—Sí; ¿por qué no se lo quitaste a Agripa?

—Hice una tentativa y fracasé; después iba a poner en práctica otro plan, cuando Efraim me dijo que no lo hiciera; que ya él tenía el pergamino.

—Es verdad — dijo el joven, dándole un golpecito en la mejilla. — Yo sé que eres buena; pero dejemos el pasado. Ahora, vida mía, vamos a realizar nuestros sueños. Tu hermano será rey dentro de seis meses, y yo podré ser tu esposo.

Berenice dió un salto de júbilo; pero luego se contuvo, diciendo:

—Calla, no hables alto; que puede oírlo Cipro.

—Entonces, ¿no quieres que ella se entere?

—Todavía no. Temo sus celos. Espera que estemos en Jerusalem.

—Como tú quieras, dueña mía — dijo el bandido y tendió su brazo para ceñir el talle de Berenice.

—No, aquí no, — murmuró ella apartándose trémula de amor, — puede vernos Cipro.

Pero el aventurero sentía entonces una fiebre que lo impulsaba a desafiar los peligros. La posesión de su inmensa riqueza le daba un frenesí de orgullo, una súbita plenitud de vida sensual, que lo hacía emocionarse como nunca ante los encantos físicos de Berenice. Aunque no la amaba como a Elisabeth, la hubiera ardorosamente besado en aquel recinto perfumado, donde el influjo acariciante de la brisa, le hacía hervir la sangre moza, como si un huracán de savia y de juventud hubiera entrado bruscamente en sus venas. Por eso abrió los brazos para ceñir con ellos el busto mórbido de la hebrea. En ese momento se oyó un leve rumor entre las hojas y apareció Cipro.

—¿Qué tienes, Berenice? — preguntó la vieja, lanzando a los jóvenes miradas inquisidoras.

—Nada, — dijo la doncella con los ojos azorados.

—Cualquiera diría que estáis asustados — murmuró Cipro, fijándose en el seno palpitante de su joven cuñada.

—Es que estoy conmovida por los relatos de Ben-Gioras.

—¿Qué le contabas, charlatán? — preguntó la vieja al aventurero.

—Que estuve a punto de naufragar.

—¡Ah! Cuéntame esa aventura — dijo la vieja.

Ben-Gioras se puso a inventar un episodio fantástico de mar, y luego se despidió de las dos mujeres, con gallardo gesto de príncipe, dejándolas inflamadas en amorosos ardores y con iguales esperanzas.

### CAPITULO XXX

Al día siguiente de la manifestación contra Pilatos, que terminó en tragedia popular, Caifás se despidió de su hija Elisabeth, que partió para Sebaste y él se dirigió a inspeccionar el armario donde había depositado las joyas y ornamentos sagrados. Pensó con satisfacción en la magnitud del servicio que acababa de prestarle a la Sinagoga y a Agripa, por haber librado aquel tesoro de la rapacidad de los bandidos e hizo las más risueñas conjeturas acerca de las recompensas y favores que él podía recibir en premio de su previsión y de su vi-



gilancia. Dirigióse al cofre con la intención de recrearse con el espectáculo de aquella fulgurante pedrería que era el orgullo del templo, porque no había debajo del sol un cúmulo de joyas semejante al que poseía el sacerdocio hebreo para exornar sus ceremonias litúrgicas. Al abrir el armario y encontrarlo vacío, su corazón latió con brusca violencia; pero se sosegó al momento, pensando que sus fatigados ojos no veían el cofre. Abrió de par en par las ventanas de aquel recinto y después de pasear sus manos temblorosas por el interior del mueble, comenzó a apoderarse de su alma un angustioso terror. ¿Acaso había colocado el cofre en otro sitio? Indudablemente — se dijo, — eso ha ocurrido. Y procurando contener los latidos de su corazón y serenarse, se dirigió a las estancias inmediatas, tratando siempre de alejar el convencimiento de que le habían robado las joyas. Era tan cruel ese pensamiento, que por un acto instintivo su alma esquivaba el golpe de la terrible evidencia, como se aparta el cuerpo inconsciente y súbitamente al ver que lo amenaza el filo de una espada. Pero no era posible aplazar por más tiempo, con vanas dilaciones e inútiles prórrogas, la certidumbre de la espantosa verdad. Por más que buscó febrilmente en todos los muebles, palpó todos los rincones, deshizo todos los cofres, escudriñó todos los sitios, ¡ah! la dolorosa certidumbre entró en aquella alma y se sentó pesadamente en ella. Durante algunos momentos permaneció inmóvil, con la palidez cadavérica en el rostro y con escalofrío mortal que le erizaba la espalda; pero luego sintió la necesidad de decir en voz alta el torturante pensamiento que le partía el cerebro.

— ¡Han desaparecido las joyas! ¡Se las han robado! — exclamó con la sorda y ronca voz de la desesperación. — Sí — se dijo mentalmente; ¿pero quién? Sólo podía ser alguno de sus criados. Esta sospecha le dió fuerzas. Convencido de que era necesario obrar con rapidez tocó bruscamente la campanilla y acudió el jefe de la servidumbre.

— Que vengan todos inmediatamente — ordenó.

Los esclavos y criados, al oír aquella voz ronca y al ver su semblante livido, quedaron consternados, temiendo una desgracia. Caifás los miró a todos, uno después de otro, con aire extraviado y con ojos duros que se salían de las órbitas.

— ¿Quién ha entrado aquí? — preguntó.

Los criados se miraron unos a otros sin contestar.

— ¿Quién ha robado las joyas? — volvió a interrogar, estirando el brazo con un rudo gesto de amenaza.

— Yo, no; yo, no, — exclamaron los infelices, levantando las manos y retrocediendo con espanto.

— ¿Quiénes quedaron ayer cuidando el palacio?

— Nosotros — dijeron cuatro, acercándose.

— Y los demás, ¿dónde estaban?

— Señor, fuimos a buscarte; porque un mensajero vino a avisarnos que tú estabas herido y necesitabas de nosotros.

— Es falso. Ha sido eso tal vez una estratagema para robarlas de afuera.

— Han sido de afuera los ladrones, señor. En muchas casas han robado también.

— Callad. Registradles la ropa — gritó Caifás, dirigiéndose al jefe de la servidumbre.

Cuando fué obedecido, naturalmente, sin ningún resultado, les dijo:

— Estaréis encerrados en el sótano, sin comer, hasta que confeséis, y si a la noche nada habéis dicho, seréis azotados. Salid.

El centurión y el mayor domo condujeron a aquellos desgraciados a la mazmorra y cerraron las puertas para que no incomodaran con sus gemidos. Caifás quedó como atontado, en una especie de sonambulismo, desplomado sobre un taburete, con las cejas arqueadas y el labio colgante, atormentado por las más horribles angustias.

— ¡Qué espantosa desgracia! — exclamaba. — Pero ¿quién puede ser el ladrón? ¿Será casualidad que me robaran precisamente el día que secuestré las joyas? ¿Debo anunciar el robo a Pilatos? ¿Y si él es el ladrón? No; no puedo decir nada antes de tener pruebas. No pueden ser otros que mis criados. Pero ellos han sido hasta ahora tan fieles. Jamás se ha cometido aquí un robo. ¿Me habrán visto traer esa caja con las joyas? ¿Y si no parecen? Maldición! Pasaré por ladrón, y por ladrón sacrilego. ¡Qué horror! Seré vergonzosamente destituido. ¡Causaré la deshonra del Sanedrín! Pero ¿qué hacer? ¡Ah! Si al menos pudiera yo comprar otras joyas antes de que se note su desaparición. ¡Ah! ¡Vana ilusión! Toda mi fortuna no bastará para comprar algunos de esos riquísimos diamantes. Es necesario que Agripa me ayude con su dinero. Porque, en fin, por él he sacado yo las joyas. Desgraciadamente él que es tan derrochador, no tendrá dinero para auxiliarme.

Y el infeliz se llevó la mano a los cabellos con un gesto de desesperación. Todo el día estuvo encerrado, fluctuando su espíritu entre la melancolía, el temor y la cólera.

¡Ah!, si pudiera consultar a su astuto y sagaz suegro. Pero Anás estaba como idiotizado por su dolencia. Por la tarde fue encontrado muerto el cocinero en el armario. Este trágico encuentro, que agravaba el suceso sin arrojar ninguna luz, irritó al Pontífice. Interrogó de nuevo a los criados y como la respuesta fuera negativa, ordenó que les dieran latigazos con largas correas terminadas en bolitas de bronce. Era éste un castigo desconocido entre los hebreos, sólo usado entre los romanos, lo que fué advertido al Pontífice por el mayordomo. En consecuencia, dió contra-orden conmutando la primera pena por la de ayuno. Entre tanto, los esclavos habían sido reunidos y sólo entonces se notó la ausencia del negro Quema. Corrieron a avisárselo a Caifás, con la esperanza de que, creyendo culpable al ausente, suspendiera la pena.

—El negro ha sido el ladrón — exclamó Caifás hablando consigo mismo. — ¡Ah!, necio de mí, ¿cómo no lo sospeché? ¿Quién era ese maldito negro? ¿De dónde venía? ¿Tiene cómplices en mi casa? He hecho mal en castigar a mis criados. Es mejor tratar de conquistarlos por bien; y sobre todo, evitar que cuenten afuera lo que me ha pasado; pues no teniendo yo pruebas de mi inocencia, las sospechas recaerán sobre mí. ¡Diablo, diablo, en qué enredo estoy metido! Ante todo, evitemos el escándalo.

Diciendo esto, el Pontífice hizo llamar a todos los criados, a quienes les dijo:

—Las joyas han desaparecido; pero vosotros sois responsables de haberlas dejado robar; sin embargo, como os he tratado mal, quiero compensaros ofreciéndos a todos una túnica nueva y un día de descanso, con la condición de que guardéis sobre este robo el mayor secreto.

—¡Qué Jehová premie tu misericordia!— exclamaron los criados alzando los brazos.

—Cualquiera que los descubra — agregó Caifás — pagará con la vida su indiscreción. Salid.

Durante tres días el infeliz Pontífice fué presa del insomnio, pasando alternativas entre la cólera y la desesperación. Precisamente en esos días regresó Artemio. Sin abrir la puerta, conoció su voz el Pontífice y le dijo:

—Entra.

—Es que tengo vergüenza de presentarme con la túnica rota.

—Déjate ahora de farsas; ya sé a donde vas a parar con tus exhibiciones de pobreza.

Entró el corintio y el Gran Sacerdote, con inusitada llaneza, le dijo:

—¡Oh, Artemio! Si supieras qué horrible desgracia.

—¿Qué sucede? Cuenta conmigo — dijo officiosamente el vagabundo, — para todo te daré remedio, menos para la muerte.

Y el soberbio sacerdote, completamente humillado por el infortunio, refirió casi con gemidos su desgracia.

—Aquí está la mano de otra poderosa persona, — dijo Artemio cuando lo hubo escuchado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque un negro de la India, por audaz que sea, no es capaz de un robo semejante. Ha debido necesitar cómplices para transportar una caja tan pesada.

—Es lo que yo me he dicho.

—Y, ¿cuánto hace que entró el negro a tu servicio?

—Cuatro meses. ¿Cómo no desconfié de él? ¡Ah! Solamente ahora, cuando ya es tarde, me fijo en su facha extraña, en sus gestos felinos, en su andar silencioso como de serpiente, en su voz de flauta.

—¿Tú lo buscaste?

—No; él se ofreció solo, y bien barato, por cierto.

—¿Venía sano y bien vestido?

—Sí.

—Luego no tenía necesidad de ocuparse. Seguramente cuando vino sabía ya que tú tenías esas joyas.

—¿Tú crees? No, no puede ser. No podía saberlo, porque no las tenía yo entonces.

—Quizás preveía que ibas a tenerlas en tu poder; debía saberlo; ¿tú le revelaste a alguien la intención de guardar esas joyas?

—Solamente a un hombre.

—Pues ese es el ladrón; seguramente de acuerdo con el negro. Acúsalo a Pilatos.

—¡Oh, Artemio!, yo no puedo acusar a nadie, porque me comprometería a mí mismo.

—No comprendo en qué puedes comprometerte.

—Escucha; tú no puedes comprender mi horrible situación, si no te revelo un terrible secreto. ¿Serías capaz de guardarlo?

—¿Y me lo preguntas? ¿He revelado acaso el falso testimonio que me incitaste a dar contra Jesús Nazareno? Habla tranquilo, que nada diré.

—Júralo por Jehová.

—Lo juro — dijo tranquilamente el griego, que no tenía religión.

—Pues bien; sabe que esas joyas robadas de mi armario són las de los ornamentos sagrados; yo las saqué del templo, precisamente para que no se las robaran. Si denuncio el robo, las sospechas caerían sobre mí.

—¿Sospechabas tú que habría saqueo? — preguntó Artemio.

—No; pero Agripa me aconsejó por medio de un amigo de él, que sacara esas joyas.

—¿Y tú conocías a ese amigo?

—No; hasta esa vez no lo conocía. Es un elegante joven romano, de sangre judía, desconocido en Jerusalem.

Artemio se quedó largamente pensativo con la mirada fija en el suelo, y luego exclamó olvidando el respeto debido al Pontífice:

—¡Desgraciado! Tu situación es terriblemente difícil. El ladrón de las joyas puede ser Pilatos o Agripa, o el amigo de Agripa que te dió el consejo de parte de él. A los dos primeros es sumamente peligroso acusarlos, porque son poderosos y tú no tienes pruebas; al tercero no lo conoces y probablemente sea cómplice de Pilatos o de Agripa.

—Es verdad, — dijo el Pontífice retorciéndose las manos con desesperación.

—El honor del Sanedrín y del trono están comprometidos si esto llega a saberse, — continuó diciendo Artemio. — Tú apareces como único responsable de este robo audaz. Si no dudáramos de Agripa él nos ayudaría a descubrir al ladrón apenas se lo avisásemos. Pero si él es el ladrón, la cuestión es mucho más grave. Seguramente no podrán creerlo capaz de un robo sacrilego; y aunque lo creyeran, es peligroso afirmarlo, porque él, según dicen, se ha conquistado al Sanedrín.

—Es cierto, — murmuró sordamente el Pontífice.

—Yo me inclino a creer que sea Agripa el ladrón; pero solamente manifestar la menor sospecha sobre él puede atraerte terribles perjuicios.

—Es cierto.

Púsose bruscamente de pie Artemio y mirando de hito en hito al Pontífice, le dijo:

—¿Tienes confianza en mí?

—Sabes que siempre la he tenido.

—Pues bien; yo te voy a sacar de este atolladero; iré a Antioquía, vigilaré y observaré si Agripa hace grandes gastos, o si trae joyas extrañas, y sabré la verdad para comunicártela.

—Pero no descuides por eso tu tarea con los nazarenos. ¿Cómo va eso?

—Perfectamente. He secundado a Ascasem en el trabajo de producir la cizaña y la discordia entre ellos; yo elogio a Saulo, insinuando la idea de que lo proclamen jefe de la Iglesia, en vez de Simón Pedro.

Y el pérfido vagabundo explicó prolijamente su aviesa conducta con los nazare-

nos, entre los que había logrado ser admitido, como un convertido exaltado, que exageraba el liberalismo apostólico de Saulo con el oculto designio de producir un cisma.

—Muy bien; prosigue así — dijo Caifás, — pero sálvame de este peligro; busca al ladrón de las joyas y serás poderoso, yo confío en ti.

—Dame quinientos denarios; tú comprendes las dificultades y peligros que voy a arrostrar por servirte.

—Toma el doble — dijo el Sumo Sacerdote, arrojándole dos sacos de oro.

—Gracias, ¡oh, ilustre oráculo de la Sinagoga! — exclamó el corintio, acordándose de ejercitar las vergonzosas bajezas de la lisonja. — Nada es imposible para quien, como vos, se muestra pródigo con sus servidores.

—Trabaja bien, y déjate de charlas.

—Te juro que o soy un bestia, o he de saberlo todo. No se saldrán con la suya Agripa ni Pilatos, ni ningún otro ladrón de joyas sagradas, que si ellos tienen audacias de bandidos, yo tengo astucia de zorro. Dentro de un mes o antes quizá, tendrás noticias mías. Esas palabras las dijo ya casi desapareciendo detrás de la puerta, desde donde el Pontífice se quedó escuchando el eco de sus pasos.

## CAPITULO XXXI

Mientras Ben-Gioras había estado en Roma, llegó a Antioquía, procedente de Jerusalem, el negro Quema, que esperaba impaciente la presencia de su amo para darle noticias de Caifás. Cipro y Berenice hablaron entonces con este criminal obscuro; porque supieron que era satélite y servidor íntimo de Ben-Gioras, sin que les repugnarán, por eso, sus ojos relucientes, su rostro enjuto y sus gestos felinos, su voz de flauta ni su acre hedor de fiera. Por las preguntas que ellas le hicieron, comprendió el negro que las dos damas hebreas estaban enamoradas de su amo y que éste prefería a Berenice. Entonces, su alma celosa sintió contra la hermana de Agripa un impulso homicida semejante al que lo había compelido a matar a Efraim. La simpatía exaltada de esas dos mujeres por el bandido ausente, tenía, en parte, idéntico origen que la ardiente amistad de Quema por el mismo personaje, esto es: el poder inconsciente de sugestión que poseía Ben-Gioras. Este hombre, tan físicamente privilegiado, tenía en

su exorbitante fuerza nerviosa, en la energía natural de su gesto, en el fulgor sombrío de sus ojos, en la concentración de su pensamiento y en la potencia de su voluntad, una aptitud innata para hipnotizar con sólo su mirada a las personas a quienes veía fijamente y en quienes pensaba con frecuencia. De ahí provenía la docilidad con que Agripa obedecía sus insinuaciones; de ahí nació la adhesión ardiente de Efraim; de ahí el afecto apasionado de Berenice; de ahí el amor súbito de Elisabeth, y de ahí, también, la pasión mórbida de Cipro y la fidelidad celosa de Quema. Todas esas personas eran hipnotizables, las unas por su nerviosidad desequilibrada, las otras por sus vicios extenuantes, por sus herencias histéricas, o por su pobreza mental y el estrechamiento de su conciencia. Por eso, cuando el destino las puso en contacto con Ben-Gioras, éste las sugestionó sin darse cuenta, como hacen tantos hombres que tienen éxito en la vida. Se comprende, pues, la febril impaciencia con que todos esos enfermos habían esperado la llegada de su ídolo. Este, que tenía una escasa simpatía, solamente, por Berenice, recibió una penosa impresión cuando, al llegar a Antioquía, había encontrado solamente al negro, quien le notificó la muerte de Efraim.

—¿Cómo murió? — preguntó Ben-Gioras.

—Lo estranguló el usurero Ascalón. — contestó el negro mintiéndole por vez primera.

—¡Animal! ¡Bestia! ¡Imbécil! ¿Por qué lo dejaste matar? ¿Nunca harás nada bien en tu vida! ¿Qué necesidad tenías de que él te acompañara? ¿No bastabas tú? ¡Mejor mil veces que hubieras muerto tú, que ninguna falta haces!

Para olvidar el enojo y la pena que le causó la muerte del joven hebreo, egoístamente sentida, Ben-Gioras se entretuvo en instalarse regiamente en aquel palacio que compró a Diomedes y cuya esbelta mole erguía en el elegante barrio de los jardines, su blanca fachada de mármol de Jonia. Un ejército de albañiles sirios, dirigidos por un arquitecto ateniense, trabajaron día y noche en embellecer la nueva morada del bandido, solamente para que sirviera en la fiesta con que pensaba obsequiar a la aristocracia de Antioquía. El lujo deslumbrador del aventurero, y su gallarda persona, contrastaban con la exótica fealdad de Quema, atrayendo todas las miradas y dando motivos a los comentarios de los antioqueños. Solamente los cristianos, en su feliz descuido de las cosas de la tierra, ignoraban o no hacían caso del antiguo bailarín del circo, engrandecido por la fortuna. En todas partes saboreaba él la popu-

laridad que rodea al que derrama el dinero; pero sobre todo, disfrutaba ese placer en los paseos, a la vista del público cuando salía por la ciudad, en su carroza o en su litera. Pero esas excursiones comenzaron a molestarlo, porque lo perseguían los aplausos de los mendigos, las ofertas de los comerciantes, que le proponían negocios, o las sonrisas de las cortesanas, que le brindaban su amor. Como deseaba estudiar la población y escuchar los comentarios que sobre él hacían, salía por una puerta secreta de su palacio, ocultando, bajo una capa vieja, sus ricas vestiduras consteladas de joyas. En una de esas excursiones, de incógnito, encontró una tarde, una multitud de cristianos que escuchaban la predicación de Saulo:

—“Os recomiendo, mis queridos hijos,— decía el agitador de conciencias, — que purifiquéis vuestras almas; especialmente vosotras, mujeres; suprimid la idolatría de vuestro cuerpo; abstenéos del vano adorno de las joyas; porque no son dignas de oír la verdad las que mutilan sus orejas con pendientes, ni resucitaran con su carne las que ahora la exhiben casi desnuda con el cinismo impávido con que la muestran vuestras infames estatuas”.

Estas palabras fueron ahogadas por contradictorias protestas.

—Eso es — dijo un comerciante en telas, a quien convenía que todos anduvieran abrigados, a pesar del calor. — ¡Que nadie ande desnudo!

—Si; — dijo el joyero, — pero que no se quiten las joyas. ¿Qué mal hay en que se pongan inocentes adornos?

—Tú lo que buscas es tu negocio — gritó un pescador.

—¡Orden! ¡Silencio! — vocearon los judaizantes y los cristianos.

—¿Qué dice esta gente? — se preguntó Ben-Gioras, advirtiendo, por primera vez, que nadie se admiraba allí de su belleza. Ya sabía él que existía la secta de los nazarenos en Jerusalem; pero jamás los había escuchado, teniéndolos por místicos que se desprecupaban de las necesidades de la vida para entregarse a sus locos ensueños. Así fué que con creciente asombro oyó las siguientes frases de Saulo:

—“Os recomiendo, también, que los patrones paguen el justo salario a sus empleados. Todo obrero debe sacar el provecho de su esfuerzo. El labrador vive de su cosecha, y el pastor de su rebaño. ¿Quién planta una viña y no gusta de su fruto? El que trabaja come de lo que trabaja y el que no trabaja, que no coma. ¿Digo yo esto porque se me antoja? No, hermanos. Es Dios, por la ley de Moisés, el que dice:

“No atés la boca del buey que muele el trigo”. Y si Dios se preocupa así del salario del buey, ¿se olvidará, por ventura, de proteger el derecho del hombre que suda en su faena? ¡Ah! no creáis eso, hijos míos. El que trabaja un campo debe recibir, el primero, oído bien, el primero, antes que todos, el fruto de ese campo”.

Un run-run ensordecedor estalló al oír esa valerosa y desconocida proclamación de los derechos del trabajo. Protestaron todos los patrones que explotaban al proletario justificando sus rapiñas con el amparo de la ley; pero sus protestas fueron ahogadas por los vivas y aplausos clamorosos de los obreros y esclavos. Y varias veces, en su delirante entusiasmo, llamaron al Apóstol “tribuno del pueblo” y hasta lo proclamaron “dios”, como hicieron en Listra. Se comprende esa jubilosa exaltación, porque era la primera vez que un sabio le hablaba al obrero y al esclavo, de quienes nunca se ocuparon los retóricos, a quienes nunca se les dió conferencias en el Areópago, en el Templo pagano ni en el Foro; los que no asistían a la escuela ni al Gimnasio; los inválidos, los incurables, los deformes, condenados a muerte por la ley, los harapientos y sudorosos cuyo hedor no soportaban los vagos y perfumados ricos. Saulo los prefería; porque el Evangelio era la primicia de los pobres, de los predilectos del Profeta de Nazaret. Por eso oyendo al apóstol, el pueblo oprimido, y despreciado, se sentía dulcemente conmovido. En su inteligencia sin cultivo pasaban como relámpagos los primeros conceptos de su dignidad y de su derecho, y en su corazón desolado había un florecimiento de júbilo y de esperanzas. Desconcertado estuvo Ben-Gioras oyendo a aquel enano enérgico como él, resuelto, tenaz, inflexible como él, dominado como él por una idea fija, pero absolutamente distinta de la suya, porque era la energía de la caridad en vez de la del egoísmo.

—Este viejo puede destronar al César con el apoyo de los esclavos — se dijo el bandido, — pero no es político; su táctica tiene un lado flaco y es que impone la virtud a sus adeptos; por eso no lo seguirá mucho tiempo el pueblo.

Diciendo esas palabras, el sagaz aventurero se alejó de allí con menos confianza en su belleza, porque había visto un hombre pequeño y barbudo, sin elegancia y sin brillo, pobre y envejecido, hipnotizando las multitudes con sólo la magia espiritual de su palabra. Como el apóstol terminaba entonces su arenga, un grupo de oyentes se alejó también detrás de Ben-Gioras y éste

oyó sus comentarios sobre la predicación reciente.

—¡Qué bien habla! ¡Qué noble corazón! — declamaba el más viejo.

—¿De quién hablabís?, — dijo un judaizante acercándose.

—¿De quién ha de ser? de Saulo.

—¡Ah! claro. Como siempre; del ídolo del pueblo. Como si no tuviéramos aquí grandes retóricos y hombres buenos.

—Ninguno es tan caritativo como él—dijo Artemio, que, junto con Ascassem, proseguía en todas partes, su plan de dividir a los cristianos exaltando a Saulo y deprimiendo a Bernabé y a los demás apóstoles.

—Sí; hace limosnas; pero con lo que vosotros mismos dáis, bobalicones — dijo el judaizante.

—Aunque así sea, ya es trabajo pedir para los demás.

—¡Oh! no lo haría ciertamente, si no sacara su buena tajada del negocio — dijo Ascassem.

—Alto ahí, poco a poco; eso sí que no: Saulo no lucra con las limosnas que pide; son los cristianos quienes las guardan y reparten; él solamente vive de su oficio de tejedor.

—¡Cómo! — exclamó un oyente, — ¿es sacerdote y trabaja con sus manos para ganarse el pan? Sería extraordinario.

—Pues es exacto — dijo un partidario de Saulo. — El es el apóstol del trabajo. Y es por eso que conquista los esclavos y los obreros, cuyo salario defiende. El predica la obligación general de ganarse el pan con el sudor de la frente y hasta ha dicho que “el que no trabaja, que no coma”.

—¿Eso enseña? Entonces es nuestro abogado.

—Claro que sí; él es el tribuno del proletariado universal. Diríase que sus enemigos son los ricos; tales son las críticas que les hace.

—Pues, con todo eso, no durará mucho sin que el expulsen de la Iglesia; ya está tomando demasiado vuelo; fijáos cómo su prestigio crece como la espuma.

Cuando Ascassem pronunció esas palabras, Rubrio se acercó al grupo sin que Artemio notara su presencia. Por eso el corintio, prosiguió sin recelo su táctica, diciendo:

—¿Y qué hay de mal en ello? ¿Es que te escuece su popularidad? Si lo expulsan, mejor. Así tomará más desarrollo el cristianismo, que ahora está entrabado por la estúpida timidez de Pedro.

—No hables así del jefe de la Iglesia Universal — dijo con gravedad el anciano.

—Saulo será el jefe supremo de los cristianos y eso le conviene a Antioquia.

—¿Por qué le conviene?

—Porque cuando Saulo sea el Jefe, en vez de ir las limosnas de Antioquia para Jerusalem, vendrán aquí las limosnas de todas las demás iglesias, que hoy enriquecen a Pedro y otros pillos de Jerusalem.

Rubrio no pudo contenerse ante aquella vil calumnia, en la que él descubrió la pérfida intención del corintio. Su vieja sangre de lobo romano se le subía a la cabeza, encendía su cólera de militar, crispaba sus puños y oscurecía sus pupilas. Bruscamente salió de entre la multitud y tomando del cuello a Artemio, lo sacudió diciéndole:

—¿Qué estás hablando, traidor? ¿Qué designios malvados te mueven, intrigante, falsario? ¿Quién te paga para que introduzcas la discordia en estos corazones sencillos? ¿Tú no amas a Saulo, calumniador de Cristo!

Y al increparlo así, zarandeaba al corintio, que temblaba azorado como el ratón en las garras del gato. Ante la fuerza hercúlea del romano y ante la actitud ridícula de Artemio, la multitud aplaudía con entusiasmo, formando círculo. Entre tanto Artemio pateaba, torcía la boca y volcaba los ojos; porque comenzaba a asfixiarse. En ese momento se adelantó Ben-Gioras y con acento imperativo le dijo:

—Dejad a ese pobre inválido.

Al ver al poderoso bandido, que enseñaba entonces bajo su capa vieja su riquísima túnica y sus brazaletes de pedrería, lo tomó por una autoridad romana y como buen militar le obedeció al instante, soltando al corintio, que cayó pesadamente en el suelo. Sólo entonces advirtió Rubrio que lo estaba extrangulando. Por eso se avergonzó de su cólera y arrodillándose cerca del corintio, lo palpó con interés. Luego exclamó:

—Traigan agua y ayúdenme a llevarlo.

—Déjame a mí, — dijo Ben-Gioras. — Mi litera está cerca; allí tengo aceite aromático.

Luego dió un silbido y apareció Quema, quien le ayudó a levantar al corintio. Sorprendidos por la belleza, el lujo y el aspecto señorial del bandido, los espectadores se apartaron dándole paso. Mientras que Ascassem y Artemio fingían su disputa, Ben-Gioras había estado observando la fisonomía del corintio, hasta que reconoció en él al hombre que lo había recogido cuando era niño y que lo vendió a los acróbatas de Alejandría. Su primer impulso fué el de vengarse; pero luego pensó que aquel bribón podía serle muy útil, pues él conocía

el medio de asustarlo. Recordó que hacia seis años, cuando ese viejo dormía a su lado, soñaba con Jesús de Nazaret y declaraba que había dado contra él un falso testimonio.

—¡Oh, Príncipe! Que los dioses te sean propicios porque te has compadecido de mí, — dijo Artemio subiéndolo a la litera.

—Estás equivocado — contestó friamente el joven aventurero. — No soy yo hombre que me complazca en salvar la vida a nadie. Te he visto poniendo en discordia a los cristianos. ¿Eres tal vez judío?

—Soy hebreo de raza y de religión.

—Ten cuidado con las mentiras — dijo severamente el joven, — toma ese saco de sextercios romanos, pero guárdate de imposturas conmigo; porque puede costarte caro; tú no eres judío sino isleño, de Corinto, sin ninguna religión.

Asombrado por las ocultas verdades que le decía el bandido y sugestionado por la energía de su gesto y por su valiosa dádiva, el corintio entró al palacio de Ben-Gioras, donde también se hospedaba Agripa y su familia. Al ver aquella soberbia mansión alzada sobre columnas y rodeada de erectos pinos y arces floridos, Artemio comprendió que su dueño era un hombre poderoso, que podía hacerle mucho mal o mucho bien, y se propuso ser sincero con él hasta donde le permitieran sus intereses. El corintio admiró el lujo de aquella morada. En los corredores, con muros de jaspe, había complicados mosaicos, donde estaban esculpidos grupos de amorcillos, que jugaban entrelazados sobre nubes de nácar. De las columnas de las galerías interiores colgaban suaves columpios o hamacas de hilo egipcio, donde se tendían las visitas a recibir la brisa. Multitud de esclavos iban y venían en silencio con sandalias de lana que ahogaban sus pasos.

—Siéntate y dime qué has venido a hacer a Antioquia — dijo el aventurero clavando en Artemio aquella mirada hipnótica con que imponía su voluntad.

—He venido a introducir la división entre los cristianos — contestó el taimado.

—¿Por orden de quién?

—De Caifás.

—¿Eres, pues, el hombre de confianza del Pontífice?

—Soy su servidor más íntimo.

—¿Nada más que a eso has venido a Jerusalem?

—Nada más.

—¿Cuánto hace que viste a Caifás?

—Hace dos meses.

—¿Está todavía él sano y robusto?

—No; está demacrado y enflaquecido —

confesó el corintio, que no podía mentir subyugado por la influencia magnética del bandido.

—Ya sé por qué enflaquece — afirmó éste, — sin duda lo preocupa aquella injusta sentencia de muerte que pronunció contra tres acusados.

—¡Cómo! ¿Tú sabes eso? — preguntó Artemio palidísimo.

—Sí; y sé que tú eres uno de los testigos falsos.

Artemio quedó consternado. ¿Cómo podía suponer que aquel riquísimo magnate sirio era el mismo niño, hijo de Gestas, que él había recogido en su guarida y vendido después a los cómicos? Ni sospechaba que nadie, fuera de Anás y Caifás pudiera tener noticia de su falso testimonio. Advirtió Ben-Gioras su espanto, y le dijo:

—Ya ves, pues, que te conviene serme fiel y sincero; así ganarás más dinero y no me tendrás por enemigo, lo que para ti sería fatal, pues nada ni nadie te librarían de mi venganza.

—¡Ya veo, oh, Febo! — contestó Artemio — que eres omnipotente como el oráculo de Delfos. Sí, tienes razón; Caifás está lleno de angustia; pero no es sólo por eso.

—Pues ¿por qué?

—Porque han robado las joyas del templo y él es el responsable, — confesó Artemio hipnotizado por la mirada magnética del bandido.

—¿Y él sospecha quién sea el ladrón?

—¡Oh, señor! no me descubras, y premia mi franqueza; sí; Caifás sospecha de Agripa.

—¿Y tú has venido a observar si él tiene las joyas?

—Eso es. Nada se esconde a tu penetración, ¡oh, Apolo!, dueño de la belleza y de la adivinación.

Durante largo rato el aventurero estuvo saboreando el placer, para él exquisito, de oír el relato de las angustias de Caifás. Resolvió, por eso, conquistar a Artemio, sin acordarse, por el momento, de vengarse de él; aunque no olvidaba la codicia y la crueldad con que lo vendió a los acróbatas del circo. Miró al viejo y le dijo:

—Tienes razón, a mí nada se me esconde; así, pues, reflexiona sobre tu situación actual. Desde hoy tu vida oscila entre la riqueza y la muerte. Si me eres fiel, vivirás en la abundancia; si me traicionas, si revelas lo que hemos hablado, yo tengo diez mil servidores — que te darán la muerte donde quiera que te escondas. ¿Te paga mucho Caifás porque dividas a los cristianos?

—Cá; no me paga ni los sustos que llevó; figúrate que me ha mandado matar a

Saulo; pero ahora, puesto que tú me pagas mejor, me concretaré a servirte.

—No; de ninguna manera. Si no lo sirves a Caifás, él sospecharía que te he comprado. Además, tu trabajo le sirve también a Agripa, cuyos intereses son los míos. Sigue, pues, dividiendo a los cristianos; mata a Saulo, si puedes, pero sin dejar de servirme lo poco que yo te encargue.

—Soy tu esclavo, dime lo que debo hacer — dijo Artemio con su habitual servilismo.

—Apresura tu regreso a Jerusalem, y dile a Caifás que has observado a Agripa y que él no tiene las joyas sagradas, aconsejale que se esté tranquilo y callado, dile también que Agripa se dispone a partir para Roma de donde regresará muy pronto con el título de rey, dispuesto a servir los intereses del Sanedrín. De todo esto ni una palabra ha de saber Agripa. ¿Lo conoces a él?

—No.

—Pues es necesario que lo conozcas para que puedas contestarle a Caifás si él te pide señales del príncipe. Además, necesito que asistas a una fiesta del palacio para que escuches lo que hablan de mí. Toma, pues, esta tabilla y vuelve dentro de ocho días.

—Adiós — dijo Artemio, y se alejó exclamando. “¿Quién es éste, un dios o un hombre? ¿Cómo lo sabe todo! ¿Cómo manda y se impone a mi voluntad! ¿Cómo sabe mis secretos; cómo dispone de riquezas! ¿Es necesario servirle a toda costa!

#### CAPITULO XXXII

Como Artemio tenía que partir pronto para Jerusalem, a fin de cumplir las órdenes del nuevo amo que lo había sobornado, se apresuró antes a poner en práctica el plan que había concebido para que muriera Saulo. Descaba llevarle a Caifás la noticia de la muerte del apóstol, con la esperanza de recibir un espléndido premio por tan valioso servicio. Como todos los avaros, a medida que veía crecer sus ganancias, sentía aumentar su codicia. Resuelto, pues, a provocar el asesinato de Saulo, se dirigió una tarde al hipódromo, donde esperaba hallar un homicida profesional y allí topó con la triste figura de Eutiques. Este infeliz ateniense, después de haber sido despedido de la casa de Aidee, por haberle declarado su amor, había vuelto a servir a su antiguo amo de Atenas, el filósofo Hioroteo. Mustio, tímido, melancólico y despedido, el feísimo doméstico rondaba por las tiendas exteriores del circo hípico, temiendo llamar la atención con su fealdad.

—Aquí está el hombre que necesito para matar a Saulo — se dijo alegremente Artemio. Como el joven pasó a su lado sin verlo, él lo detuvo diciéndole:

—¡Alto ahí, amigo! ¿No me conoces?

—Si; tú recuerdo; eres el cristiano que visit  a Aidee.

—Supongo que no me guardar  rencor por las bromas que tanto te disgustaron.

—Ya no me acuerdo de ellas.

—Si es así, entremos al hipódromo.

—Veamos antes los preparativos de afuera — dijo Eutiques, que evitaba siempre el exhibirse.

Complaci  Artemio y ambos se pasearon contemplando el espectáculo, apoyados en los barrotes de madera unidos con cuerdas, que defendian la pista, formando un óvalo inmenso. En torno de ese vasto círculo se erguian las tribunas con pabellones de púrpura, bajo las cuales se sentaba el público aristocrático. Por los pasillos, alfombrados de hojas, circulaban los vendedores de vino, con sus cráteras llenas. Los empleados esparcian fragancias penetrantes para atenuar el vaho de los alientos. De la grade ria alta venia un gran zumbido causado por los comentarios de los espectadores, las m tracas de los vendedores de agua fresca y los gritos de los vociferadores de almendras y de aceitunas. Muchachos semidesnudos vendian limones, higos, dátiles y dictamos. Artemio, entusiasmado, no pudo contenerse y arrastrando al mozo, le dijo:

—Vamos adentro; yo pagar  la entrada.

— C mo! le preguntó Eutiques —  siendo un sacerdote cristiano, te gustan tanto estos espectáculos?

— Qu  quieres! son las costumbres antiguas, que me dominan. En las olimpiadas de Corinto yo tomó parte en mi juventud.

Los dos amigos se instalaron en las gradas después de pagar el asiento.

—Aun tenemos tiempo de tomar unas cráteras de vino — dijo el corintio llamando al expendedor ambulante; — creo que me acompa ar s.

—Con mucho gusto.

—Ahora veo que no me guardas rencor. — Nunca lo tuve; si me ofend  por tus palabras, fué solamente porque estaba presente Aidee; y cuando ella me miraba, yo perdia la cabeza.  Jal a pudiera verla ahora!

—Pues qué,  no est s ya en la casa de Rubrio?

—No; ahora vivo con mi antiguo amo Hioroteo.

— Por qué saliste de la casa de Aidee?  No estabas contento?

—Estaba all  contento y descontento.

—No te comprendo.

—Era feliz por la dulzura con que Aidee nos trataba a todos los obreros; pero por eso mismo era infeliz.

— C mo puede ser eso?  Por Júpiter... digo por Jehová! que eres complicado.

—Quiero decir que la amabilidad de Aidee, me gustaba tanto que me quitaba después el sueño y me dejaba triste cuando ella desaparecía. Suspiraba yo entonces por volver a verla y cuando se presentaba me llenaba de vergüenza y de tristeza por haber perdido su amistad.

— Y cómo la perdiste?

—Por mi imprudencia. Le dije que la amala y me despedi  de su casa.  Ah!, si supiera que yo pienso constantemente en ella se avergonzaria... Es tan pudorosa...

— Y los demás obreros la admiraban como t ?

—Todos. El encanto que emana de su persona enloquece a cuantos la ven; pero yo era el más exaltado por que conmigo tenia más suaves palabras.

—Quizás te necesitaba para que le prestaras algún servicio; porque seria muy raro que sintiera afecto por tu cara de foca.

— Oh, no seas cruel! Ya yo s  que soy deforme; pero,  casaco el amor no tiene sus caprichos? Hay patricias que se enamoran de los negros y de los perrillos falderos. Ya s , desde niño, que sólo inspiro repugnancia o burla; pero te digo, que Aidee me tenia afecto.

— De dónde deduces eso, bobalic n?

—De que se complac  oy ndome y de que cuando advertia que yo la miraba se sonrojaba y se iba.  Le ofenderia acaso que yo admirara su belleza?

—A ninguna mujer le disgusta que la admiren por bella, aunque el espectador sea un sapo, como tú; pero calla y observa, los juegos van a empezar.

En efecto, aparecían en la palestra los corredores de a pie y los jugadores de disco con cortas bragas que dejaban descubierta la robusta pierna. Algunos iban completamente desnudos. Eran casi todos jóvenes o adolescentes, adiestrados desde la escuela en esos ejercicios; pues entonces la educación primaria consistia, principalmente, en la música, el canto, la recitación y los movimientos gimnásticos que daban gracia a las formas y destreza y v gor a los músculos. Eran, pues los adolescentes ricos quienes daban el espectáculo, disputándose las coronas en el salto, la carrera de a pie, el pugilato, la conducción de carros o cu drigas, y los ejercicios del disco o de la lanza. El público espectador acompañaba con la música.

Un gran silencio que se produjo en el gigantesco hemicycle anunció el principio de la carrera. Los dos amigos, menos curiosos que el público, siguieron conversando.

— Qu  me estabas hablando? — preguntó Artemio. —  Ah! ya recuerdo; decias



que tu horrible cara de comadreja le había caído en gracia a Aídee, ¿no es eso?

—Decía, que a mi parecer, yo no le desagradaba.

—¿Y en qué lo conocías, babieca?

—En la cara de ella.

—¡Ah! pero ¿tú sabes lo que eres?

—Sí; un plebeyo.

—Menos que eso.

—Un ignorante.

—Menos aun.

—Un hombre feo.

—Menos todavía; tú eres un mono sin gracia, que es la peor clase de monos; un mono que no hace reír, un mono triste.

—¡Oh! calla, por las Parcas, que me estás avergonzando.

—Te hablo con franqueza, porque me inspiras lástima; pero no te aflijas ni desesperes; si me sirves bien, yo te prometo ayudarte. ¿Quieres que te ame Aídee?

—Con toda mi alma lo quiero.

—¿A ti solo?

—A mí solo.

—Pues bien... pero espera, luego te diré, veamos ahora las carreras de a pie.

En ese momento se vieron venir a lo lejos varias figurillas humanas, como manchas rojas y azules; luego fué creciendo su estatura, hasta que pasaron los mancebos, cortando el aire con su marcha isócrona, lijera y rítmica, dejando el aire perfumado a causa de los aceites olorosos con que traían ungidos sus cuerpos. Con un esfuerzo poderoso contenían el aliento para que no se los viera jadeantes, hasta que caían detrás de un biombo desfallecidos y se quedaban inmóviles, rojas las mejillas y palpitantes las narices, como agonizando de fatiga. En las tribunas atronaban los aplausos mezclados con imprecaciones, mientras los jueces discernían el premio de olivo al campeón victorioso. Luego se realizó la carrera hípica, en que elegantes y fuertes mancebos de la aristocracia siria, griega y romana, hacían de aurigas, guiando los carros de dos ruedas, tirados por dos o cuatro caballos. Estos cuadrúpedos, en su frenético galope, rozaban el suelo con su largo vientre, mientras agitaban al aire sus rizadas crines, sin que ninguno se encabritara o se enredara en sus vistosos arreos.

—Mira! — dijo Eutiques, — allí está mi amo!

Y señaló a Hioroteo, que ocupaba una tribuna junto con Diomedes, Cipro, Berenice, Ben-Gioras y Agripa.

Cuando se proclamó a los vencedores y estalló la música triunfal de las tiorbas, flautas y ciringas, hubo tal tumulto que tuvieron que intervenir los soldados cubier-

tos de pesados yelmos, amenazando con sus lanzas.

—¿Qué os parece? — preguntó Artemio entusiasmado, como en sus tiempos pasados.

—Nada me importa — dijo Eutiques — sólo me preocupa tu promesa.

—¿Cuál?

—La de que tú puedes hacer que me ame Aídee.

—¡Ah! Es verdad; aunque eso parece un disparate.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Digo que sería el mayor desatino esperar que ella sea tu esposa sino contáramos con la ayuda de los dioses. Créeme. Yo soy el único que puedo remediar tu desgracia; porque poseo un cabello legítimo de la diosa Afrodita. Si tú lo llevas al cuello, Aídee, lejos de ver tu cara de lechuza, descubrirá en ti un rostro bello como el de Apolo.

—¿Es posible? — exclamó Eutiques maravillado y receloso.

—Sigue adelante — dijo Artemio levantándose, y sin que lo viera el mozo arrancó de su pecho uno de los largos cabellos que allí tenía en cerdosa abundancia. Luego, mostrándose al joven, le dijo:

—¿Ves este cabello? Es sacado de la propia cabeza de la estatua de Venus, que cada año, en plenilunio, se cubre de verdaderos rizos. Tú sabes que con uno de ellos nace el amor en el corazón más frío.

Eutiques miró sorprendido al embaucador y creyó en él y dijo con ansiedad:

—Dámelo; te daré por él diez denarios.

—Quita de ahí; ni tu amo podría pagarme este tesoro; pero si tú prometes servirme, dejar la casa de Hioroteo, y ayudarme a trabajar contra Saulo y los cristianos, entonces ese amuleto será para ti; y además, gozarás de un abundante salario.

—¡Oh, anciano, si tus palabras no mienten, seré tu servidor; haré cuanto quieras, con tal de obtener el amor de Aídee!

—¿Prometes hacer lo que yo te ordeno?

—Lo prometo.

—¿Aunque sea prestar ayuda para un asesinato?

Vaciló Eutiques. No era él un malvado inclinado al homicidio; pero en ese momento trastornaba su oscura conciencia el vértigo de la pasión. Por eso contestó resuelto:

—¡Aunque sea un crimen!

—¡Bravo, Eutiques! Tienes más alma de lo que yo creía. Pues bien; sólo se trata de matar a Saulo.

—¿Cómo! ¿Al mago de los cristianos? — exclamó con horror el ateniense.

—¿Acaso le temes?

—Si; a cualquier otro mataría si pudiera; pero no a él; ese es el hombre a quien obedece Aídee; ese es el libertador de los esclavos, el censor de los ricos, el que hace curaciones mágicas.

—¿Quién te ha dicho esos embustes?

—Hioroteo, mi amo, que es un sabio, es el que lo dice.

—No lo creas. Tú sabes que Saulo ataca a los dioses; pero los dioses no pueden ser vencidos por un mortal. Si Saulo tuviera esos poderes mágicos, sería rico y no trabajaría con sus manos. Hioroteo lo elogia porque está enamorado de Aídee y se deja seducir por ella. Sabe, además, que si Aídee no te ama es porque se lo prohíbe Saulo; porque tú no eres cristiano.

—Yo soy débil y me vencerá ese anciano.

—No se trata de que luches con él. Tú no harás más que colaborar en un plan que tenemos meditado. Ascassem y yo. Saulo va a predicar a los cristianos en la casa de Elías, que es amigo nuestro y está en el complot. Subiremos unas enormes piedras al techo y las mantendremos sujetas mediante una compuerta que se abrirá por una palanca unida a la ventana que da a la sala. Tú te sentarás en el alfeizar de esa ventana, y a una señal nuestra, tirarás de la palanca. Entonces las piedras caerán sobre la cabeza del mago. ¿Comprendes?

—Perfectamente.

—¿Te comprometes, pues, a hacer lo que te digo?

De nuevo vaciló Eutiques, pero a sus amorosos deseos se unía un impetu de venganza contra Hioroteo, que amaba a Aídee, y contra Saulo, que se oponía a que ella le correspondiera. Así fué que, con voz trémula y ronca, contestó:

—Me comprometo a hacer lo que dices.

—¡Bien! — dijo el astuto viejo con regocijado acento. — Cuando hayas cumplido tu promesa, te daré el cabello de la diosa y serás dueño de Aídee.

—Esta noche dejaré a Hioroteo e iré a servir a tu casa.

Los dos intrigantes se despidieron como si nunca se hubieran tenido rencor. La mentalidad de Eutiques, que sólo se manifestaba en sus dibujos, era tan escasa que creía de buena fe poder conquistar a Aídee con el auxilio de la diosa Afrodita.

### CAPITULO XXXIII

Cuando se presentó Artemio en el palacio adquirido por Ben-Gioras, el negro Quema salió a la puerta cargado de fulgurantes sortijas. Al ver al corintio, le hizo un gesto interrogativo.

—Quiero ver al príncipe Agripa y al propietario de esta casa — dijo Artemio.

El negro arrojó una mirada escrutadora sobre la astrosa túnica del corintio y le dijo:

—Ve a mendigar a otra parte.

—Amigo mío—contestó Artemio,—dile a tu amo, el joven Ben-Gioras que Artemio viene a asistir al banquete.

—¡Ah! tú conoces su verdadero nombre — dijo Quema dejándolo pasar.

Procedió así porque el aventurero se había llamado ahora Talo el Samaritano, empresario de transportes.

Artemio atravesó una sucesión de galerías, ricamente alfombradas y con anchos ventanales de vidrio, que en aquella época era una materia rara y de gran valor.

—He aquí todo lo que ha podido adquirir con las joyas del templo — se dijo mentalmente Artemio, — porque él o Agripa han practicado el robo que tiene tan apesadumbrado a Caifás. ¡Estupendo robo! Indudablemente, la fortuna me sonríe.

—Entrad aquí — dijo Quema.

Artemio entró a una estancia solitaria, hasta donde llegaba el murmullo alegre de los invitados que se paseaban por los jardines.

—Venid — dijo el negro Quema reapareciendo, y condujo a Artemio al baño. Luego le dijo al oído:

—Cuando estés bañado, rasurado y vestido, cumplirás el encargo que te han dado. Yo te llamaré cuando mi amo te necesite.

Tan luego como se alejó Quema, dos esclavos sirios desnudaron al corintio, quien, con pesar suyo, se introdujo en el fragante raudal de agua de verbena. Luego los mismos esclavos le tifieron las ásperas barbas y le echaron encima una blanquísima túnica de lino egipcio con estrellitas de plata, que era la vestidura especial exigida para los banquetes. A fuerza de tantas abluciones, vestiduras y refriegas, parecía menos viejo y grosero; pero, a través de aquel barniz exterior se notaba su baja procedencia por la forma borreguil de sus orejas largas y aplastadas, y por sus uñas desiguales y las espigas de pelo enmarañado que salían de su pecho, pregonando su origen plebeyo y su largo divorcio con el tocador y el baño. Un criado rubio le condujo a la cámara estrecha, donde lo esperaba Ben-Gioras.

—Vamos a ver qué tal te portas — le dijo el aventurero; tu obligación es escuchar todas las conversaciones y provocar críticas contra mí, para que me comuniqués luego los comentarios que oigas. ¿Sabes hablar el latín?

—Como si me hubiera parido una hija del Lacio.

—Ve, pues.

Artemio se dirigió inmediatamente al jardín y puso el oído atento a todas las conversaciones.

La aristocracia antioqueña, invitada por Herodes-Agripa — nieto de Herodes el Grande, que había fortificado a Antioquia, — concurrió con gusto a aquella fiesta. Ella había sido proyectada por Ben-Gioras, que deseaba por tal medio, conocer mejor los usos y el carácter de aquella sociedad a fin de saber dominarla después. Al mismo tiempo quería saber lo que pensaban de él. Poco tiempo después, cuando habían terminado los juegos, Artemio encontró a Ben-Gioras, en la glorieta de los refrescos de nieve, rodeado de un grupo de elegantes, entre los cuales estaban Hioroteo, Atenandro, Diomedes y Ascassem. Todos ellos coronados de violetas y verbena, estaban tendidos sobre lechos muy bajos, y tenían prendida la túnica de la cintura con ceñidores de seda. Entre todos descollaba el afortunado ladrón por su porte señorial, su musculatura de atleta y su lujo escandaloso. Los criados circulaban con sus ánforas de vino y por doquiera enormes ramos de flores refrescaban y aromaban el ambiente.

—¿Quién es ese tipo? — preguntó Diomedes plegando sus teñidas cejas, cuando vio entrar a Artemio.

—Es un filósofo que he invitado para que os ayude a investigar la verdad — contestó Ben-Gioras con burlesca sonrisa. Luego, levantándose se dirigió al jardín.

En el gineceo — departamento de las mujeres — encontró a la vieja Cipro remozada a fuerza de cosméticos.

—¿Tan tarde vienes, querido amigo? — le dijo ella en tono de reproche.

—Vengo tarde porque no me gusta hablarle en medio del público.

—¿Por qué? — preguntó ella con ansiedad.

—Porque me aburres en todas partes — se dijo mentalmente el bandido; — pero luego contestó en voz baja:

—Porque la sociedad exige la mentira y a mí me gusta que se expanda libremente mi corazón.

—Igual que a mí — afirmó Cipro; — por eso he querido hablar contigo a solas, en esta noche de fiesta; quiero hacerte la ilusión de que tú eres mío, déjame besarte.

—Precisamente este es el momento menos oportuno para eso; el palacio está lleno de gente y alguien puede sorprendernos.

—¿Y qué? — dijo la histérica con cínico desprecio de la opinión, alzando los hombros.

—Agripa se ofendería conmigo y por culpa tuya se arruinaría mi porvenir. Después, cuando Agripa sea rey y yo jefe de

sus guardias, entonces podremos celebrar a menudo estas citas de amor.

—¿Sí? ¿de veras?, ¿no me engañas, dulce tirano?

—Lo juro; pero antes es preciso que le pidas a Agripa que me nombre jefe de las guardias.

—Todo lo que tú quieras.

—Eres una mujer adorable.

—¡Oh! repíteme esa palabra.

El bandido sintió deseos de abofetearla, pero le dijo con dulzura:

—Adorable, sí; te lo diré mil veces. Ahora separémonos. Vete por aquel lado, yo me iré por el otro.

Ella obedeció sumisa, como un autómatas. Ben-Gioras la vio salir y se quedó diciendo:

—¡Ojalá no te vuelva a ver, repugnante fósil! ¡Brrr! ¡Qué asco! Es inútil que te pintes y revoques con cal. Siempre se te ven las rajaduras de la piel. Hiedes a sesenta años.

Cipro llegó inquieta a su cámara. Allí tomó un espejo de metal y se puso a contemplarse con las cejas fruncidas. Entre tanto se decía a sí misma:

—¿Sería que temía ser sorprendido o es que le repugnan mis caricias? ¿Si habrá notado mi calvicie? En cuanto a las canas no se me ven. ¡Ah! sin duda tiene la culpa esa taimada de Berenice, que me roba su amor. ¡Claro! No voy a poder luchar con ella, por su juventud. ¡Maldita vejez! ¿Es posible que no pueda detener ni con baños fríos esa horrible herrumbre de los años? ¡ah! ¡más vale morir!

En efecto, el aspecto del aventurero confirmaba ahora más que nunca, las sospechas de Efraim, que lo había supuesto hermano del príncipe hebreo. El parecido era tal que no sólo Cipro, sino también Berenice comenzaba a notarlo. En los dos se reproducía la misma boca sensual y los ojos renegridos del sanguinario Herodes el Grande, y del incestuoso Herodes Antipas, abuelo y tío, respectivamente, de Agripa. Esos rasgos de familia se notaban también en Agripina, la que fué después esposa del Emperador Claudio y madre de Nerón.

Entre tanto Diomedes, Ascassem, Atenandro, Hioroteo y los otros convidados, reunidos en la glorieta de los refrescos, criticaban a Ben-Gioras.

—¿Has visto con que desprecio nos dejó? — preguntó Diomedes. — Nuestra conversación le aburre; nos ha invitado tomándonos por histriones.

—Se figura que somos bufones — contestó Artemio. — Es la costumbre. Antes, los enanos hacían reír en la corte. Hoy se usan para eso a los poetas y a los filósofos.

—Y él, por lo visto, se cree rey.

—Y con razón; pues es inmensamente rico.

—Y también inmensamente grosero — dijo Vitelio, el procónsul romano, con las pupilas encendidas de envidia. — Ya ves cómo se adorna; qué joyas se pone. ¿Quién sabe donde las habrá saqueado?

—En efecto — murmuró Atenandro. — Corren rumores de que su fortuna tiene un origen misterioso, y yo no lo dudo, porque los judíos no suelen ser tan ricos. Dicen que hace dos años ese hombre era más pobre que un aguador.

—Y hasta hay quien sostiene que ha sido acrobata.

—¿Lo conocías tú en Atenas, Hioroteo?

—No, — contestó el filósofo; — solamente aquí hablé con él. Hace pocos días le serví de testigo cuando compraba este palacio a Diomedes. Sin duda ha de ser muy rico; pero esas cosas a mí no me interesan.

—¿Pues qué es lo que te interesa?

—Las ideas, las nuevas doctrinas que invaden el mundo. ¿Sabéis quién es para mí el personaje más interesante de Antioquía? Pues ese tribuno que habla en el mercado.

—¡Ah, sí! — dijo Diomedes. — Ese Saulo que te tiene preocupado; ese flagelador de vicios, que censura el placer sensual, porque él no puede conquistar las mujeres con su nariz de buitre y su espalda encorvada.

—Pues con su fealdad vale cien veces más que tú; si tú no lo quieres es porque combates a los vagos y los ricos inútiles; pero es un Maestro del pueblo.

—¡Maestro, maestro! — murmuró Ascascem. — Ese título sólo ~~les~~ corresponde a los doctores rabínicos; pero Saulo es un simple obrero, que se gana el pan tejiendo redes.

—Ahí está su mérito, — explicó Hioroteo. — No tiene tiempo de estudiar y habla como un sabio. Sus discursos y sus libros son improvisaciones y cartas, con que responde a necesidades del momento y sin embargo, con ellas soluciona los arcanos de la vida que no nos explicamos nosotros los filósofos con toda nuestra ciencia.

—Dejad esa disputa fastidiosa, — dijo Atenandro — y apreciad el sabor delicioso de estas frutas de Arabia.

Ben-Gioras se dirigió a las galerías interiores y habiendo hallado a Agripa, le preguntó:

—¿Qué te parece la concurrencia?

—¡Espléndida! No la tendría mejor Vitelio, el legado del César.

—¿Y todos esos son nobles sirios?

—Y griegos y romanos. Aquí hay aristocracia de todas partes. Observa la diversidad de trajes.

—También hay artistas, sacerdotes, histriones y traficantes de esclavos. Creo que estarás contento de mí.

—¡Contentísimo! He regalado joyas a Vitelio y a Fulvio, que tienen influencia en Roma, a fin de que apoyen mi solicitud al trono.

—Has hecho bien. Pero advierte cómo nos miran, — dijo Ben-Gioras, señalando la multitud de cortesanos, que discurrían por las galerías.

—Es a ti, ¡oh, hombre afortunado! Como siempre, enciendes en las mujeres locos deseos. Elige una esposa.

—¡Brr! Esta aristocracia siria está nauseabunda — dijo el bandido con expresión de asco. — Si al menos hubiera una judía como Berenice... y a propósito, ¿dónde está ella?

—En los jardines interiores — contestó Agripa, pensando que bien podía su hermana llegar a ser la esposa de Ben-Gioras.

—Voy a saludarla — dijo éste.

—Procura que no te asalten o te roben; aquí hay gente de toda clase; que Jehová te proteja — dijo el príncipe con ironía.

—¡Oh! tiene que protegerme a la fuerza — dijo Ben-Gioras abriendo la puerta — porque lo llevo siempre aquí.

Y se golpeó con la mano el cinturón de escamas metálicas con que llevaba la bolsa de escudos y los puñales, envenenados con los tósigos de la India que le procuraba el negro Quema. Momentos después encontró a Berenice en el jardín.

—¡Cuánto he pensado en tí! — le dijo el bandido besándole las manos.

—No tanto como yo — contestó la joven, cuya frágil belleza resplandecía entonces con el brillo de sus alhajas y la embriaguez del amor.

—Cuando nos casemos tendremos una fiesta mejor que esta — dijo él enfocándola con el fascinante fulgor de sus pupilas. Luego hablaron en voz baja con esos intervalos de silencio en que suelen quedar absortos los enamorados. Aunque Ben-Gioras tenía clavado en su alma el recuerdo de Elisabeth, pensaba entonces casarse con Berenice, para satisfacer su ambición.

—Bien; me voy — dijo él, después de un rato de amorosa confidencia.

—¿Cuándo vuelves a dar otra fiesta?

—Aquí nunca más. Dentro de ocho días nos iremos Agripa y yo para Roma a adquirir el cetro de Palestina.

—¿Tardaréis mucho?

—No sé; depende de las circunstancias.

—¡Ah! Yo temo quedarme sola.

—¿Cómo sola? ¿No quedas con tu criada?

—¿Con Cipro? ¡Buena compañía! ¿No adviertes lo que pasa? — interrogó la joven con voz en que temblaba el enfado.

—No. ¿Qué sucede? — preguntó el aventurero sorprendido de la súbita cólera de su amada.

—Pues que Cipro te ama; sólo me habla de ti, hasta en sueños.

—Siempre hemos sido amigos ella y yo. ¿No recuerdas que es ella mi protectora?

—Sí, pero su amistad es ahora amor; ella suspira por ti; yo tengo celos de ella.

—¡Bah! No seas tonta; tú eres la reina de mi corazón; pero le debo favores a Cipro, y la necesito. Ahora vete tranquila.

El joven la besó en la frente y ambos salieron del jardín.

### CAPITULO XXXIV

Mientras los dos jóvenes celebraban aquella cita, cerca de ellos, detrás de la cortina de lienzo egipcio que cubría una ventana, Cipro, pálida y cejijunta se estremecía de cólera y de celos. Escondida había escuchado aquel diálogo de amor cuyas frases cayeron sobre su alma como el vitriolo sobre una úlcera. Apenas vió alejarse a los jóvenes, mientras los convidados se divertían, la despechada vieja, hizo llamar al negro Quemá, quien, durante la permanencia de Ben-Gioras en Roma había tenido breves diálogos con ella. Estas dos miserables criaturas, comprendieron que su rival común era Berenice, y se hicieron aliados. Cipro sabía que el negro poseía el secreto de maravillosos venenos, por habérselo referido el bandido en un momento de indiscreción. Así fué cómo sin necesidad de comprarlo con dinero, obtuvo esa desequilibrada mujer la complicidad del negro en su homicida propósito de eliminar a su cuñada. En pocos momentos, los dos criminales, — colocados en tan distinta escala social, pero identificados por la misma pasión de los celos, — ultimaron los detalles del acto abominable que premeditaban y se separaron para efectuarlo con monstruosa sangre fría. La fiesta, entre tanto, seguía desarrollándose con creciente animación, ofreciendo a los convidados agradables sorpresas de espectáculos, que sólo entonces existieron; porque el pudor cristiano los suprimió después. A todos ellos asistía Artemio procurando oír lo que se murmuraba, de Ben-Gioras para comunicárselo. Después de pasearse en la terraza, se mezcló entre los diversos grupos del inmenso jardín. Unos invitados contemplaban a los danzantes alquilados, que hacían ondular sus vientres al son de

las ciringas. Eran griegos esbeltos y delgados como gacelas que se movían con prodigiosa destreza y voluptuoso ritmo. varios viejos jugaban a la morra bajo las palmeras. De vez en cuando bellos niños de Alejandría distribuían vasos de hidromiel. Hioroteo, Ascassem, Diomedes, Atenandro, Fulvio — el Gobernador romano de Antioquía, — y otros de lo más granado de la concurrencia, contemplaban el río desde la terraza y comentaban la fiesta.

—Es una fiesta regia — decía Atenandro. — ¡Y pensar que la da ese judío opulento cuyo origen se ignora!

—Dicen que su riqueza le viene de la protección de Agripa, — afirmó Fulvio.

—Pues te equivocas, — rectificó Diomedes; — es más bien él quien protege al príncipe.

—¿Quién sabe si lo que Talo busca en Agripa es solamente un instrumento para surgir? Las amistades son sólo alianzas de egoísmos.

—¿Pero Talo es realmente judío? — preguntó Diomedes.

—En realidad no se sabe lo que es; para ser judío, es demasiado bello y varonil. Además, habla el latín y griego con maravillosa perfección.

Artemio guardó en su mente aquel diálogo y después de un corto paseo por los jardines tomó asiento con los invitados en los triclinios bajo un velarium de púrpura levantado en la terraza. Cesaron las danzas, callaron las arpas y cistros y comenzó el banquete nocturno. Graciosos párvulos pusieron en las sienes coronas de mirto y comenzaron a distribuir las fuentes. Los panes y las frutas fueron servidos en canastillas de bambú, orladas de flores. Ricos candelabros, suspendidos sobre delgadas columnas, extendían sus brazos de bronce llenos de cirios. De tubos de mimbre ocultos en el techo, bajo guirnaldas de flores, caía polvo de azafrán y se esparcía en perfumadas ondas por el ambiente. El vino de tamarindo fué distribuido en ventrudas copas de cristal numídico. Después, fué servido un jabalí asado con su propia piel. En seguida trajeron monstruos marinos sabrosamente condimentados con gelatinas, salsas y picantes.

—¡Qué hermosa noche para una fiesta nupcial! — dijo Ben-Gioras contemplando a Berenice que estaba inclinada a su lado sobre el triclinio de dos asientos.

Y la contemplaba más bella que nunca, envuelta en su túnica con bordados de espuma en que temblaban, como relámpagos, las lucas de sus diamantes.

**Mañana aparecerá la sexta parte**

# OBRAS PUBLICADAS

1. *Bombarda*, Hugo West, 3.ª ed.
2. *El Lapidador*, Belisario Roldán.
3. *Gato escaldado*, Victoria Malharro.
4. *Historia de un momento espiritual*, Manuel Gálvez.
5. *Drama de hogar*, L. Barrantes Molina.
6. *El hombre que se casó con su suegra*, Juan I. Gálvez.
7. y 7 bis, *Raquela*, Benito Lynch (2 partes).
8. *Un momento de locura*, C. G. de la Peña.
9. *Una ilusión*, José Insúa.
10. *El sí de Luisa*, J. F. Escobar. (2a. ed.)
11. *Tata*, Mario Gorostazu (2a. ed. ag.)
12. *Miss Dorothy Philipps, mi esposa*, Horacio Quiroga.
13. *Maximalismo*, J. M. Samperio. (2a. ed.)
13. *La huaca de Pancorrito*, O. M. Ciones.
15. *Una vida*, M. A. Barrenechea.
16. *La niña de los ojos negros*, Mamá Justa.
17. *Los dos clavetes*, A. Nervo (2a. ed.)
18. *Los ojos de la Pampa*, J. Llanos.
19. *La mentita vuelve...*, B. González Arrill.
20. *Celos de madre*, F. Raymond.
21. *La Reparación*, Mateo Booz. 2a. ed.
22. *La judía*, F. Defelippis Novoa.
23. *En la vida sentimental*, M. Carlés. 2a. ed.
24. *Virgenes locas*, A. García Elorrio.
25. *Drama de miseria*, J. F. Caiferata, 2a. ed.
26. *Un cuento*, Amado Nervo, 2a. ed.
27. *Noche de perros*, Martín Gil, 2a. ed.
28. *El Maximalismo en Marcha*, L. Barrantes Molina (2a. ed.)
29. *La historia de un loco*, L. Dagnino Pastore.
30. *Leonida*, P. P. F. Beltramo, 2a. ed.
31. *Misterios de nuestra aristocracia*, María Magdalena Oigun 2a. ed.
32. *El hombre de oro*, Rubén Darío. 2a. ed.
33. *Valle Negro*, Hugo West, 3 partes, 2a. ed.
34. *Pétalos de sangre*, F. Casañas Lemos.
35. *El juramento*, Gustavo Navarro.
36. *La novia desconocida*, José Quesada.
37. *El agua de tu cisterna*, Mateo Booz.
38. *Un artista del crimen*, Luis Barrantes Molina.
39. *Matrimonio a puertas abiertas*, E. Martín.
40. *Los inocentes*, J. Gabriel, 2a. ed.
41. *Tradiciones Peruanas*, Ricardo Palma.
42. *La Redentora*, P. Azevedo Lúquez.
43. *El secreto de los éxitos*, Aurelio García Elorrio.
44. *San Francisco*, Florencio Sánchez.
45. *La barrera*, Hugo West.
46. *¡Periura!*, Santos J. Moyano.
47. *La lluvia de buñuelos*, Guillermo Sánchez.
48. *El Embrujado*, B. González Arrill.
49. *La Amazona del Gorro Rojo*, G. Chaves.
50. *Esidomero millonario*, Marta Salas Ovalle.
51. *El amor en Villa Clara*, A. García Elorrio.
52. *El retorno*, Juan I. Cendoya.
53. *Un drama en 15 minutos*, Juana Manuela Gorriti.
54. *La chica del Subte*, L. Dagnino.
55. *Orzullo vencido*, O. Agüero Vera.
56. *La casa de piedra*, Rafael D. Cubas.
57. *Alma de artista*, Félix B. Visillac.
58. *El dominó rojo*, Mario Gorostazu, 2a. ed.
59. *Deriva*, Héctor Kantorowicz.
60. *La vergüenza de su propia sangre*, Luis Barrantes Molina, 2a. edición.
61. *El solterón*, José Insúa, 2a. ed.
62. *La tragedia de los Cerros Blancos*, Alejandro Rómulo Cánepa, 2a. ed.
63. *Don Marcelino y Cupido*, P. Azevedo Lúquez.
64. *Cuando las mujeres aman*, Santos J. Moyano.
65. *La tragedia del calvario*, L. Barrantes Molina, 2 partes.
66. *El falso héroe*, Rafael Ruiz López.
67. *La mujer infiel*, A. O. Polión, 2a. ed.
68. *Salomé*, Hugo West.
69. *Un lance de honor*, José Gabriel.
70. *La promesa*, A. Lazcano Colodrero.
71. *La tragedia de Yolanda*, Otto Miguel Clene.
72. *El Diablo desinteresado*, Amado Nervo.
73. *Los amores de un pobre diablo*, Alberto Saavedra Pérez.
74. *El calvario de una niña*, Santos J. Moyano, 2 partes (2a. ed.)
75. *La hora del amor*, R. Ruiz López.
76. *¡Jurante!*, Jomer V. Villa.
77. *El destino de los pobres*, U. López Cristóbal.
78. *El grito de la sangre*, Gustavo Chaves.
79. *La vida de un niño bien*, Armando Herrera.
80. *La sombra de los muertos*, Alejandro Rómulo Cánepa, ag.
81. *Eros asolador*, A. Vázquez Cey.
82. *El precio de la gloria*, S. B. de Bourguet.
83. *Más allá de la muerte*, Lorenzo Dagnino Pastore, 2 partes, 2a. ed.
84. *La leyenda del gaucho*, Manuel Ugarte.
85. *Mirucha*, Mario Gorostazu.
86. *Realidades amargas*, Alfredo Piratte.
- 87 al 95. *Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre...* Hugo West, 2a. ed.
96. *Elena*, O. M. Ruiz Villos.
97. *La dulce venganza*, López de Molina.
98. *La misma sangre*, José M. Samperio.
99. *La sombra de la madre*, Manuel Ugarte.
100. *Un cuento sentimental*, R. Allaga Sarmiento.
101. *La infanticida*, Roberto F. Giusti.
102. *La Diosa del Sol*, Alejandro R. Cánepa.
103. *La apuesta de la muerte*, A. Díez Gómez.
104. *Ambición*, Isaías L. Vignati.
105. *La Pervertida*, Santos J. Moyano.
- 106 al 110. *Flor de Durazno*, Hugo West, 2a. ed.
111. *El lobo*, Humberto Bernardi.
- 112 y 113 *Flor de Te*, Mario Gorostazu.
114. *La mártir del Hogar*, Juan Carlos Zuloaga.
115. *Una mentira piadosa*, Miriam Miguélez.
116. *Después del presidio*, César Duvigneux.
117. *El misterioso paquete de cartas*, Alejandro Suárez.
118. *El vértigo del amor*, E. M. S. Daners.
119. *Los Bandidos*, Jorge Downton.
120. *Bajo el misterio de un antifaz*, R. Allaga Sarmiento.
121. *Raza de víboras*, Aurelio García.
122. *Con tus propias armas*, López de Molina.
123. *La última página*, O. García de Zúñiga.
124. *El sacrificio de la obrerita*, Francisco Coppé.
125. *Dos vidas*, Félix B. Visillac.
126. *¡Chiquita!*... M. Magdalena Oigun.
127. *La boda de los Espectros*, Alejandro Rómulo Cánepa.
128. *Linda*, A. Vázquez Cey.
129. *Ojos verdes*, M. Esther Deretich.
130. *Mariposa*, Oscar R. Beltrán.
131. *Jeannette*, José Gabriel.
- 132 al 137. *Fuente sellada*, Hugo West.
138. *El mal que las hacemos*, E. M. S. Daners.
139. *Confidencias a una sombra*, R. Allaga Sarmiento.